

Del texto al contexto.

Cosme y la sociedad urbana del Caribe colombiano a comienzos del siglo XX*

Sergio Paolo Solano De las Aguas

Roicer Flórez Bolívar

Universidad de Cartagena

Resumen:

Desde la perspectiva del método indicial propuesto por Carlos Ginzburg, este artículo¹ se centra en la vida de la familia de *Cosme* para analizar nuevos aspectos del contexto social que subyace a la obra. Desde los círculos concéntricos exteriores formados por lo poco que conocemos acerca de la vida de Fuenmayor, el autor se desplaza hasta el mundo de los personajes de la novela, mostrando que en ésta existen ciertos aspectos muy allegados a la vida personal y familiar de José Félix Fuenmayor. Reconstruye algunos aspectos del tejido sociocultural de la Barranquilla de comienzos del siglo XX, en especial de unas capas medias organizadas alrededor de un estilo de vida en el que la proyección de una imagen valorada socialmente era esencial.

Palabras claves: novela, historia, estilos de vida, honor, capitalismo, capas medias, oficios artesanales, Barranquilla.

Abstract

From the perspective of the signal method proposed by Charles Ginzburg, this article focuses on the life of *Cosme's* family to analyze new aspects of the social context that underlie the work. Starting from the external concentric circles formed by the little we know about Fuenmayor's life, the author travels to the world of the novel's characters, showing that in this, there exists certain aspects very closet o the personal and family life of José Félix Fuenmayor. He reconstructs certain aspects of the socio cultural tissue of the early Twentieth Century Barranquilla, especially of these middle class layers organized around a lifestyle in which projection of an image socially appreciated was essential.

Key Words: novel, history, life styles, honor, capitalism, middle class layers, handcraft jobs, Barranquilla.

I

En una modesta edición realizada en Bogotá en los talleres de la editorial Cromos, en 1927 vio la luz pública la novela *Cosme* del barranquillero José Félix Fuenmayor. La suerte de esta obra fue desafortunada, pues mientras que las novelas *Pax* de Lorenzo Marroquín y *La Vorágine* de José Eustasio Rivera

* From the Text to the Context: *Cosme* and the Urban Society of the Colombian Caribbean at the beginnings of the Twentieth Century.

¹ El texto es producto del proyecto de investigación *Artisanos y cultura en el Caribe colombiano 1850-1930*, financiado por el desaparecido Centro de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (Cicte) de la Universidad de Cartagena, hoy Vicerrectoría de Investigaciones de la misma institución. Forma parte de la línea de investigación en *Historia social urbana*, perteneciente al grupo de investigaciones *Frontera, sociedad y cultura* del Programa de Historia de esa Universidad, registrado en Colciencias.

concentraban toda la atención del mundo letrado colombiano, la de Fuenmayor no fue muy bien recibida por la crítica contemporánea y pasó desapercibida, aparte de algunos comentarios de Rafael Sánchez Santamaría, Pedro Gómez Corena y de Ramón Vinyes quien la leyó en 1930². La escasa acogida de la novela de Fuenmayor entre el público y los intelectuales de la época se debió a que estaba en contravía con las expectativas de los lectores comunes y corrientes de un país inmensamente agrario que después de los sucesos del tránsito de siglo (la guerra de los Mil Días entre 1899 y 1902, y la separación de Panamá en 1903) se esforzaba por afirmar una mentalidad más pragmática, de la que fue una expresión el presidente Rafael Reyes (1904-1909).

Esa nueva mentalidad había achacado buena parte de los males del país al apego de los intelectuales y políticos a la escolástica especulativa y al doctrinarismo político, y llamó a desarrollar una inclinación por lo práctico, por todo aquello que ayudara a salir del atraso, a domeñar a la naturaleza, a impulsar el aclimatación de la moderna tecnología, a medir al hombre por los dividendos económicos. En consecuencia, los poetas, gramáticos, classicistas y latinistas, que habían estado en el centro de la vida política nacional, regional y local, fueron vistos como los culpables de que el país permaneciera sumido en el atraso y apegado a un espíritu especulativo que no le permitía progresar.³

Sectores del mundo de las letras de comienzos del siglo XX reaccionaron contra el cerramiento de espacios propicios para el desarrollo de la vida intelectual. Lo que sucedió a ésta por estos años es una historia contada en sus rasgos más generales y no es necesario volver aquí sobre ella⁴. Basta con decir que el pequeño círculo de intelectuales de Barranquilla, al igual que los de otras localidades de la región costeña, fue reiterativo en sus quejas contra un ambiente al que veían adverso para el mundo del pensamiento. Desde el primer editorial del periódico barranquillero *Rigoletto* (2 de diciembre de 1902), y hasta en la poesía sardónica de Luís Carlos López, el lamento contra un medio que empezaba a tasar todo, acompañó la vida de esos pequeños círculos. Lo que podemos llamar la literatura menor, como podría ser el caso de *Páginas prohibidas* (1924) del cartagenero Alberto Román Trespalacios fue quizá la que más eco hizo de las denuncias contra el nuevo “espíritu burgués” de comienzos del siglo XX, entendido como a la ausencia de propósitos espirituales, la búsqueda de reconocimiento social mediante la actitud de “contemporizar y

² Rafael Sánchez Santamaría. “Cosme”. *Diario del Comercio*. Barranquilla, septiembre 25 de 1927; Ramón Vinyes. *Selección de textos*, Vol. II. Bogotá, Colcultura, 1982, p. 322. (Recopilación, selección y prólogo de Jacques Gilard). Sobre el ambiente literario de la Barranquilla de comienzos del siglo XX ver Amparo Lotero. “Voces: una renovación irreverente”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, N° 27. Bogotá, Biblioteca Luis Ángel Arango, 1991. Raymond Williams. *Novela y poder en Colombia 1844-1987*. Bogotá, Tercer Mundo Eds., 1991, pp. 135-143; Ramón Illán Bacca. *Escribir en Barranquilla*. Barranquilla, eds. Universidad del Norte, 1998, pp. 45-81; Alba Clemencia Ardila. “Educación e ideología en Cosme de José Félix Fuenmayor”, en *Colombia y el Caribe. XIII congreso de colombianistas*. Barranquilla, eds. Uninorte, 2005, pp. 382-290; Kevin Guerrieri. “Cosme, de José Félix Fuenmayor: novela de (mal) formación sexual”, en *Ibid*, pp. 391-401. Sobre la relación entre literatura y mundo urbano ver Luz Mary Giraldo. *Ciudades escritas. Literatura y ciudad en la narrativa colombiana*. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2001. Ramón Illán Bacca. “El modernismo en Barranquilla”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, N° 33. Bogotá, Biblioteca Luis Ángel Arango, 1993; sobre Luís C. López ver James Alstrum. *La sátira y la antipoesía de Luís Carlos López*. Bogotá, Banco de la República, 1986, y “La poesía de Luís Carlos López y la tradición de la antiliteratura en las letras hispánicas”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, N° 7. Bogotá, Biblioteca Luis Ángel Arango, 1986.

³ Un estudio sobre la mentalidad especulativa y de espaldas a la realidad nacional de los dirigentes e intelectuales de finales del siglo XIX en Jonathan Brown. “La tradición cortés en la cultura colombiana del siglo XIX”, en *Revista colombiana de educación*, N° 30. Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional, 1995, pp. 5-25. Sobre la mentalidad del hombre práctico en el Caribe colombiano ver Sergio Paolo Solano. “Trabajo y ocio en el Caribe colombiano, 1880-1930”, en *Historia y cultura*, N° 4. Cartagena, Universidad de Cartagena, 1996, pp. 61-76.

⁴ Sobre el mundo intelectual en el centro del país ver David Jiménez Panesso. *Fin de siglo. Decadencia y modernidad*. Bogotá, coed. Universidad Nacional-Colcultura, 1996, e *Historia de la crítica literaria en Colombia*. Bogotá, coed. Universidad Nacional-Colcultura, 1992. Sobre lo sucedido en la región costeña ver Sergio Paolo Solano. “Política e intelectuales en el Caribe colombiano durante la Regeneración (1886-1899)”, en *IV Seminario Internacional de Estudios del Caribe. Memorias*. Bogotá, Universidad del Atlántico, 1999, pp. 167-180.

agradar a todo el mundo”, la ausencia de independencia.⁵

José Félix Fuenmayor también compartió las críticas a esa nueva mentalidad imperante en amplios sectores de los círculos dominantes. Una revisión de su obra en prosa deja ver que sus personajes eran prosaicos y alejados del mundo de los valores del “hombre práctico” que trajo el siglo XX. Precisamente, Cosme, personaje que da nombre a su novela, representa al antihéroe, pues su vida transcurre en un mundo que no le pertenece, al que no logra doblegar. No se trata del “desadaptado” porque en Cosme no hay la más mínima reacción contra el mundo, así sea en contravía que permita catalogarlo como tal, como es el caso de Raskolnikov, el personaje de *Crimen y Castigo* de Igor Dostokewsky, de Juan Pablo Castells de *El túnel* de Ernesto Sábato, o de Gregorio Samsa de *La metamorfosis* de Franz Kafka, quienes en sus impotencias son capaces de construir un discernimiento crítico del mundo. Su vida se desarrolla en un plano paralelo con relación al mundo, sin puntos de contacto, sin integración y sin distanciamiento crítico. Más bien se asemeja a la condición fetal del ser humano que según la ley de la embriología que estableció Ernest Heackel, y que bien conocían José Félix Fuenmayor y otros intelectuales radicados en Barranquilla de comienzos del siglo XX (Julio Enrique Blanco y Enrique Restrepo), reproduce en periodos simplificados los diversos estadios evolutivos por los que ha atravesado el género humano sin que intervenga su voluntad. Por tanto, no hay en él acción volitiva, una conciencia de su situación que se traduzca en voluntad actuante, como bien lo ha señalado Emiro Santos⁶. Tal vez por todo esto la obra de Fuenmayor no llamó la atención.

Con el paso de los años y luego del auge tomado por la obra de Gabriel García Márquez y los estudios sobre el llamado Grupo de Barranquilla, la crítica y el grueso público se encontró con la creación artística de José Félix Fuenmayor, y se descubrieron facetas en su obra que en la época de las ediciones obligatoriamente pasaron desapercibidas. En la actualidad, los especialistas en análisis literario y en sociocrítica coinciden en que en el contexto de la literatura colombiana de su época la novela de Fuenmayor posee tres grandes características. En primer lugar la resaltan como la obra seminal de la literatura colombiana que tiene por escenario el mundo social urbano, en contraposición con las novelas contemporáneas *Lejos del mar* (1921), *Náufragos en la tierra* (1923) y *Quibdó* (1927) de los escritores costeños Víctor Manuel García Herreros, Gregorio Castañeda Aragón y Pedro Sonderegger, como también con *La Vorágine* (1924), *La Marquesa de Yolombó* (1927) y *Tóa* (1933) de los interioranos José Eustacio Rivera, Tomás Carrasquilla y Cesar Uribe Piedrahíta, las que recrean las relaciones del hombre con la naturaleza.

En segundo lugar, y en estrecha relación con lo anterior, al tratar sobre el mundo urbano privilegia la recreación de las relaciones entre los hombres, constituyendo un proyecto pedagógico que relaciona los valores familiares en los que crece el personaje y el medio social que estaba cambiando rápidamente. Al respecto, Raymond Williams, Guillermo Tedio y Alba Ardila han señalado que en la novela existe un claro contrapunteo entre la educación colombiana decimonónica que insistía en los valores de un clasicismo humanista construido alrededor de la contemplación y de la construcción gramatical (representado en la novela por el sabio Picón quien se la pasaba entre las páginas de la literatura griega de la antigüedad, con “Ifigenia en Aulides” mientras que su mujer se la pasaba con hombres de carne y hueso) y la necesidad de una educación práctica demandada por las transformaciones que se estaban operando en el país por los años de 1920. Para el segundo de los analistas citado, Cosme plantea la trágica paradoja entre “... un personaje romántico en medio de un ambiente, una época y una sociedad mercantil que no admiten la sensibilidad de los hombres idealistas”; para él, el personaje no logra prepararse para resolver los problemas que la vida le

⁵ Alberto Román Trespalcacios. *Páginas prohibidas*. Cartagena, 1924, p. 27. Luís Carlos López. *Obra poética*. Bogotá, Carlos Valencia eds., 1977.

⁶ Emiro Santos. “Cosme o el ocaso de los hombres. (Aproximación a la novela de José Félix Fuenmayor)”, en *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, N° 4. Barranquilla, Universidad del Atlántico, 2006, pp. 9-20.

plantea, fracasando también sus padres, sus allegados y sus educadores: "... el fracaso laboral de Cosme proviene de que aferrado a ciertos valores de uso como la honradez, la probidad, la fidelidad, la honestidad, se opone al antivalor de la ganancia mal habida". Aunque sin ocuparse de las relaciones entre el texto y el contexto, en un juicioso ejercicio genealógico de las características antiheroica del personaje en la literatura y la filosofía, Emiro Santos lo ha entroncado con la tradición romántica e idealista respectivamente. En una perspectiva comparativa con personajes de otras novelas que comparten esa dejadez y con la reflexión filosófica sobre la crisis del individuo moderno, Santos señala que Cosme está un poco lejos de los personajes del romanticismo literario y del idealismo filosófico, pero sin dejar de compartir algunas de sus características⁷.

El tercer aspecto que se ha destacado es el del contexto social y cultural de la obra, la Barranquilla del decenio de 1920, una sociedad sometida a una tensión entre los elementos modernos que estaban surgiendo y los hábitos y costumbre sociales de corte tradicional de sus habitantes. Gustavo Bell Lemus señaló como los personajes de la novela viven y padecen esos cambios, propios del tránsito de una sociedad de corte tradicional a otra que se levanta sobre el principio de que todo puede tasarse en dinero y que los valores sociales de corte estamentales (el honor) también tienen un precio o deben desaparecer. Frente al avance avasallador del mercantilismo en todos los aspectos de la vida y de los recursos de que echa mano para lograr sus propósitos, Don Damián, padre de Cosme, solo atina a expresarle con resignación a su amigo, el doctor Patagato: "A mí me espantan esas luchas que requieren audacia y estar en todo momento vigilante y como sobre las armas." Sin ser tan explícito, Bell reconoce con mucho tino que Don Damián pertenece al mundo artesanal, quien ve que su negocio, al igual que el de los pequeños ferreteros y papeleros, "... pueden llamarse cositeros". Algo parecido haría algunos años después Ramón Illán Bacca quien reconstruyó con cierto detalle el ambiente cultural e intelectual de la Barranquilla de esos años.⁸

Quizá en las relaciones entre esa novela y el contexto histórico de la Barranquilla de los años de 1920 es el aspecto en el que más se ha insistido, para resaltar como los cambios económicos afectaron a algunos sectores sociales y las transformaciones operadas en las jerarquías de los valores sociales y personales. Esto se debe a que la mayoría de los estudiosos de esta novela se centran en el análisis de las características del personaje principal, y relegan al resto a la condición de un trasfondo etéreo que sirve de marco para resaltar el drama y la comicidad de aquél. Es cierto que las ocupaciones de Cosme y don Damián importan en la

⁷ Manuel Guillermo Ortega (Guillermo Tedio). "La pedagogía del fracaso en Cosme", en *La casa de Asterión*, N° 17. Barranquilla, Universidad del Atlántico, 2004. www.lacasadeasterion.com; de este autor también ver "La visión carnavalesca en la novela Cosme, de José Félix Fuenmayor", en *Especulo*, N° 30. Madrid, Universidad Complutense, junio-octubre de 2005. www.ucm.es/info/especulo/. E. Santos. "Cosme o el ocaso de los hombres...", Op. Cit.; y Armando Martínez. "Reconvenciones simbólicas en la narrativa breve de José Félix Fuenmayor", en *La casa de Asterión*, N° 20. Barranquilla, Universidad del Atlántico, 2005. www.lacasadeasterion.com. (Consultados: 23 de febrero de 2006).

⁸ Gilberto Gómez Ocampo. "Luis Tejada y José Félix Fuenmayor: la ruptura del sistema estadoquínético en Colombia", en *Ciberletras*, N° 8. New York, Lehman Collage, 2002. <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/>. (Consulta: 23 de febrero de 2006). Gustavo Bell Lemus. "Cosme o una introducción al siglo XX de Barranquilla", en *Huellas*, N° 2. Barranquilla, Universidad del Norte, 1981; Ramón Illán Bacca. *Escribir en Barranquilla*, pp. 45-81. También ver Antonino Vidal y Danny González. "El tiempo de Vinyes, la Barranquilla de las primeras décadas del siglo XX", en *Memorias revista digital*, N° 3. Barranquilla, Universidad del Norte, 2005. www.memorias@uinorte.edu.co. (Consulta: 23 de febrero de 2006); Ramón Illán Bacca. "Ramón Vinyes en Barranquilla", en *Ibid.* También ver los artículos dedicados a Ramón Vinyes en la revista *Huellas*, N°s 69-70. Barranquilla, Universidad del Norte, 2003, en especial el de Ramón Illán Bacca "Voces en Barranquilla", que con nuevos datos amplía lo que había presentado en su citado libro. Mary Sánchez. "Tras las huellas de José Félix Fuenmayor", en *Hojas Universitarias*, N° 53. Bogotá, Universidad Central, 2003; Julio Núñez Madachi. "Longevidad y muerte en la narrativa de José Félix Fuenmayor", en *Huellas*, N° 14. Barranquilla, Universidad del Norte, 1985; Julio Olaciregui. "José Félix Fuenmayor, siempre en el taburete del doctor", en *Magazín Dominical El Espectador*. Bogotá, julio 29 de 1973; Humberto Valverde. "José Félix Fuenmayor, narrador insular", en *Eco*, N° 148. Bogotá, Librería Bucholz, 1972; Ernesto Volkening. "El arte narrativo de José Félix Fuenmayor", en *Ensayos I destellos criollos*. Bogotá, Colcultura, 1986; Julio H. Palacio. *Historia de mi vida*. Bogotá, Librería Camacho Roldán, 1943.

medida en que sirven para destacar los avances de las formas económicas y sociales modernas y todo lo antihumano que traen consigo. Tampoco deja de ser cierto que las reflexiones de don Damián interesan por que denotan la impotencia de un pequeño comerciante frente a los avances de la economía moderna y las actitudes inmorales de los empresarios. Y mucho menos cabe duda acerca de que los discursos sobre la educación se analizan para poner de presente nuevamente el drama que siglos atrás había presentado François Rabelais en su obra *Gargantúa y Pantagruel*, al realizar un contrapunteo entre la educación escolástica y la moderna.

II

Aunque los estudios sobre esta novela siguen creciendo, sus relaciones con el contexto urbano y social están lejos de agotarse. Para explorar nuevos aspectos de esa relación proponemos una lectura de la obra en dos planos, como dos historias familiares, la de los padres y la del hijo, situadas en las encrucijadas suscitadas por los cambios escenificados en la Barranquilla del primer tercio del siglo XX. Quienes se han centrado en el personaje central han subrayado la importancia del tema educativo en la novela, su vida laboral de dependiente de una casa comercial y contabilista de un vapor que trafica por el río Magdalena, y sus vínculos de joven con un mundo en cambio.

Pero la familia del personaje central siempre es vista como un fondo etéreo que permite resaltar los rasgos antiheroico de aquél. Es una familia pequeña cuyo periplo descrito en la novela podemos resumir así: don Damián, padre de Cosme, es un hombre entrado en años que ejerce el oficio de boticario (en la obra aparece indistintamente como boticario y/o farmaceuta) y que comparte un mundo de valoraciones que también hallamos entre sectores de artesanos notables y en otras franjas de la población de esa época, sobresaliendo su apego a la vida honrada y decorosa, el temor al escándalo público, la poca inclinación por dinero, la valoración de la educación y del trabajo como cualidades que dignifican al hombre. Su madre, doña Ramona, es una mujer sencilla, noble, abnegada y consagrada a los menesteres del hogar y esforzada por hacer de su hijo una persona útil. El mejor amigo de la familia, el médico Patagato, es una especie de librepensador guasón que aconseja a los padres de Cosme y expone un discurso que combina el estado de las disciplinas positivas del cuerpo y de la mente humana (medicina, sicología), las ideas de “fin de siglo” de autores como Paul Bourguet y Max Nordeau, con algunas doctrinas esotéricas como las de Allan Kardec⁹. Cuando la familia empieza a padecer las adversidades materiales, aparece Surita, la empleada doméstica que “hace de tripas corazones” y soluciona las necesidades más apremiantes del hogar.

Frisando los 60 años los padres de Cosme enfrentan adversidades económicas mayúsculas (Cosme, nacido cuando su madre tenía 43 años, en este momento tiene 17 años y acaba de terminar estudios de bachillerato), que llevan a don Damián a contraer compromisos económicos con prestamistas extranjeros, firmando papeles sobre los que escasamente conoce las consecuencias que le traerían. Al quebrantar los compromisos adquiridos, el representante de la firma extranjera le obliga a cumplir las obligaciones, quitándole la casa y todos los implementos de la botica que le permitían preparar medicamentos. Con mucha pasividad el boticario afronta el despojo pese a las recomendaciones del doctor Patagato para que entable pleito.

Cosme es de poca ayuda y aparte de una momentánea rebeldía contra los prestamistas que rápidamente es sofocada por su padre, nada hace para evitar que el despojo se lleve a cabo y para que la miseria no arrastre

⁹ Algunas anotaciones sobre la influencia de Allan Kardec en los medios intelectuales latinoamericanos del penúltimo tránsito finisecular en Arcadio Díaz Quiñones. “Fernando Ortiz y Allan Kardec: transmigración y transculturación”, en Gabriel Restrepo, Jaime Eduardo Jaramillo y Luz Gabriela Arango (eds.). *Cultura, política y modernidad*. Bogotá, Universidad Nacional, 1998, pp. 172-195.

a la familia al abismo. La deshonra y la vergüenza pública sumen a ésta en un estado lamentable que solo se soluciona con la muerte. Doña Ramona se sustrae de la realidad y muere; don Damián enloquece y se suicida, y Cosme, después de que su vida ha corrido cuesta abajo y sus familiares han sido testigos de su tránsito desde la pobreza a la miseria, en un estado de desprotección y de continuos traspiés es asesinado en medio de un absurdo malentendido.

Lo que proponemos en las páginas de este ensayo es centrarnos en la vida de la familia para analizar nuevos aspectos del contexto social que subyace en la obra, y mostrar que la novela guarda ciertos aspectos muy allegados a la vida personal y familiar de José Félix Fuenmayor. Ambos aspectos a tratar muestran que a través de la novela se puede estudiar el impacto de las transformaciones económicas, sociales y culturales que se operaban en los principales centros urbanos de la Costa, sobre el estilo de vida compartido por muchas familias. La manera como están imbricados el contexto social y cultural de la Barranquilla de ese entonces con la vida personal y familiar del autor intentaremos develarla por medio del método indicial propuesto por Carlo Ginzburg¹⁰, es decir seguiremos las pistas a datos aleatorios de la vida del autor que nos permitan, siempre con riesgos, acercarnos a algunas relaciones con la novela. Así, iremos desplazándonos desde los círculos concéntricos exteriores formados por lo poco que conocemos sobre la vida de Fuenmayor hasta el mundo de los personajes de la novela.

Creemos que a través de la historia de esta familia, José Félix Fuenmayor recreó el mundo de algunos sectores sociales que a comienzos del siglo XX vieron desmoronarse parte importante de sus estilos de vida debido a los efectos corrosivos de los avances del capitalismo en la Costa que redujo la consideración social de que gozaban a los raseros de la rentabilidad y de la riqueza material, al tiempo que no alteró los factores de discriminación y exclusión social del orden social tradicional con el que convivía sin dificultades. El tema no era exótico al mundo de las letras pues ocho años antes de la primera edición de *Cosme*, el también barranquillero Adolfo Sundheim publicó la novela *Fruta tropical* (1919), la que también trata sobre los mismos aspectos de la pérdida del mundo valorativo frente a los avances de la mercantilización de todos los aspectos de la vida, lo que muestra el drama que vivían amplios sectores de la sociedad, en especial sus capas medias. Sin embargo, contrario a los personajes padecientes de la novela de Fuenmayor, los de Sundheim representan el mundo de quienes en un contexto de afirmación de la mentalidad del hombre práctico y triunfante, encuentran que valores sociales como el honor, la honradez y la dignidad constituyen obstáculos para poder “triunfar” en la vida, y que en este caso lo importante no era ser sino parecer serlo. En consecuencia, les es fácil desprenderse de esas valoraciones o acomodarlas a las exigencias del triunfo material, de la buena vida; el apotegma que orienta la vida del personaje central es: “Haz dinero honradamente, y si no puedes, haz dinero”.¹¹

- **El contexto social: los empleados del comercio y los boticarios**

En la novela el mundo laboral ocupa un lugar central a través de un discurso sobre las relaciones entre patrón y trabajador, el salario, sobre la movilidad laboral, la justicia y la ética laboral. Las limitaciones de la familia para continuar educando a Cosme, la crisis económica en que cae don Damián, y en consecuencia, las aspiraciones de la misma para lograr una ocupación decorosa para el joven, llevan a que buena parte de las páginas de la novela de Fuenmayor estén dedicadas al tema del trabajo. También se evidencia la existencia de relaciones entre ciertas ocupaciones laborales, los estilos de vida de sus ejercitantes, y las tensiones a que se vieron sometidas en el contexto del tránsito al capitalismo. Está claro que los personajes no son representantes del trabajo simple no calificado. Patagato es médico, don Damián boticario y Cosme

¹⁰ Carlo Ginzburg. “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales”, en del mismo autor *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e Historia*. Barcelona, Gedisa, 1989, pp.138-175.

¹¹ Adolfo Sundheim. *Fruta tropical*. Madrid, imp. de J. Blass y Cía., 1919, pp. 80-87.

contabilista y empleado del comercio. Esto los clasifica en el nivel medio de la sociedad, al lado de muchas otras franjas, las que pese a la diversidad de sus orígenes y características se agrupaban en torno a unos estilos de vida valorados socialmente. Las gradaciones en la valoración se debía a que el honor, la honra constituían un capital simbólico desigualmente distribuido al también depender de la condición étnica, de la procedencia familiar, la educación, la valoración de los oficios, de la pertenencia a redes políticas y de otros factores. Sin embargo, por encima de éstas y de ciertos desniveles en la vida material, diversos sectores sociocupacionales compartían formas de vivir, valoraciones acerca de la vida personal, familiar y pública construidas alrededor de la proyección de una imagen positiva que les granjeaba el respeto y la consideración de los demás. Esto porque, según la acertada expresión de José Luis Romero, las sociedades urbanas latinoamericanas del tránsito entre los siglos XIX y XX estaban fraccionadas más no escindidas, es decir, pese a la diferenciación social, las formas de vida material y valorativa no habían llegado a diferenciarse de tal forma que hiciera evidente la polarización social¹².

Hasta donde la investigación histórica arroja luces, los orígenes de este estilo de vida se remontan a la segunda mitad del siglo XVIII cuando sectores de mestizos, negros libres y blancos pobres comenzaron a presionar para que la honorabilidad no fuese medida solo con base en el rasero del nacimiento, es decir, por la limpieza de sangre, la condición étnica blanca y por pertenecer a una familia prestante. Exigían estos sectores que al lado de estas formas tradicionales de prestancia social, también se valorara el esfuerzo personal y familiar de aquellos que llevaban una vida decorosa y construida con esfuerzos, con trabajo. “Hijo de su propio esfuerzo”, “hijo del trabajo” fueron expresiones muy comunes a lo largo del periodo comprendido en esta investigación para referirse a estas personas, como también lo fue hasta hace poco la expresión racista “lástima que su color le ofende”, utilizada para referirse a las gentes de color que hacían gala de esos atributos de consideración social. Esos sectores participaron en la lucha por la república con la aspiración de conseguir los espacios que bajo el régimen colonial les costaba ingentes trabajos. La ciudadanía fue la aspiración que los motivó y bajo el diseño de estrategias personales y familiares, como lo ha mostrado recientemente Aline Helg¹³, abrieron brechas al orden social para permitirse la movilidad social en un sentido muy preciso: salir del estado de indiferenciación social que supone el calificativo de

¹² José Luis Romero. *Latinoamérica las ciudades y las ideas*. Medellín, Universidad de Antioquia, 1998. Los recientes estudios de Margarita Garrido ilustran sobre las relaciones entre el mestizaje, el surgimiento de poblamientos espontáneos, como fue el caso de Barranquilla, y el desarrollo de una valoración social ligada más al sitio de residencia que a la precedencia familiar, a diferencia de los asentamientos capitulados en los que se formaron elites blancas con mentalidad aristocrática, las que ayudaron a construir un mundo social más diferenciado y excluyente. Ver “Honor, reconocimiento, libertad y desacato: sociedad e individuo desde un pasado cercano”, en Luz Gabriela Arango, Gabriel Restrepo y Carlos Eduardo Jaramillo (eds.). *Cultura, política y modernidad*. Bogotá, Universidad Nacional, 1999, pp. 99-121, y “Migración de paradigmas. A propósito del mestizaje”, en Adriana Maya y Diana Bonnett (comps.). *Balance y desafío de la historia de Colombia al inicio del siglo XXI*. Bogotá, Universidad de los Andes, 2003, pp. 261-268.

¹³ Aline Helg. *Liberty and equality in Caribbean Colombia 1770-1835*. Londres, coed. Chapel Hill-The University North Carolina Press, 2004. Sobre la distribución del honor entre distintos sectores sociales de la Latinoamérica de los siglos XVIII y XIX ver Lyman Johnson y Sonya Lipsett-Rivera (eds.) *The Faces of Honor. Sex, Shame and Violence in colonial Latin America*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1998; Sarah C. Chambers. *From subjects to citizens. Honor, gender, and politics in Arequipa Peru 1780-1854*, Pennsylvania State University Press, 1999; María Eugenia Chaves. *Honor y Libertad. Discursos y Recursos en la Estrategia de Libertad de una Mujer Esclava (Guayaquil a fines del período colonial)*, Gotemburgo, Departamento de Historia e Instituto Iberoamericano de la Universidad de Gotemburgo, 2001; Carolina González Undurraga. “Los usos del honor por esclavos y esclavas: del cuerpo injuriado al cuerpo liberado (Chile, 1750-1823)”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, N° 6. París, L’Ecole des Hautes Études Sciences Sociales, 2006, mis en ligne le 19 noviembre 2006. <http://nuevomundo.revues.org/document2869.html>. (Consultado marzo 12 de 2007); Christian Büschges. “Las Leyes del honor. Honor y estratificación social en el Distrito de la Audiencia de Quito (Siglo XVIII)”, en *Revista de Indias*, vol. LVII, N° 209. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1997, pp. 55-84; David S. Parker. “Los pobres de la clase media: estilo de vida, consumo e identidad en una ciudad tradicional”, en Aldo Panchifi H. y Felipe Portocarrero S. (eds.). *Mundos interiores: Lima 1850-1950*. Lima, Universidad del Pacífico, 1995, pp. 161-185. Tzvetan Todorov. *La vida en común. Ensayo de antropología general*. Madrid, Taurus, 1995, pp. 117-162.

plebeyo y/o popular y ganarse un estatus de reconocimiento y de diferencia.

El siglo XIX verá ampliarse los espacios sociales y políticos para estos sectores que convergieron a la formación de las capas medias agrupadas, no en torno a los niveles de consumo como sucede actualmente, sino alrededor de unas valoraciones sociales de corte estamental. La existencia de este sector social es evidente a través de una información dispersa y múltiple. Un buen punto de partida lo constituye las notas necrológicas aparecidas en la prensa comercial y política de esa centuria dedicadas a exaltar la consideración social que se había granjeado el difunto gracias a la práctica de unos valores y virtudes sociales, entre las que siempre se subraya el hecho de que era hijo de su propio esfuerzo y a una conducta social considerada por los demás como virtuosa y decorosa. Muchas de estas notas se refieren a artesanos, empleados de casas comerciales y de empresas modernas de transporte, oficialidad de vapores fluviales, mecánicos y técnicos, oficialidad media de las milicias, pequeños comerciantes, funcionarios públicos medios y menores, profesionales de extracción humilde, tipógrafos, boticarios, maestros de escuelas y colegios y otras personas. A muchos de estos a menudo se les tropieza en la prensa oficial de la época ejerciendo cargos públicos por designación o representación; otros resaltan por los rangos de sargentos, tenientes, coroneles, capitanes y en algunos casos generales de las milicias. Firman manifiestos y organizan sociedades políticas y de beneficencia, al tiempo que forman parte de las cofradías religiosas y se les registran en los listados de las logias masónicas. Otros elevan representaciones ante las autoridades, y con estas contratan la construcción y refacción de bienes muebles e inmuebles públicos. Igualmente rematan pequeños impuestos municipales y provinciales y se les reconoce el respeto social al aceptárseles en calidad de fiadores en los contratos públicos. No pocos hacen de la prensa una tribuna para expresar sus ideas y puntos de vista sobre la situación política y económica y la administración pública. También forman parte de los directorios políticos municipales, provinciales y regionales, y a comienzos del siglo XX se colocan al frente de la protesta y de la organización de los trabajadores. Su influencia en la vida social, cultural y política es más significativa de lo que a menudo se reconoce, hasta el punto de que muchos elementos de sus estilos de vida se constituyeron en el patrimonio de grandes sectores de la población de los principales epicentros urbanos de Colombia, en especial de las modernas capas medias que se fueron formando con el transcurso del siglo XX.

Fuenmayor había estado cerca de los empleados (en 1910 fue secretario del Banco Comercial de Barranquilla que gerenciaba su tío José Fuenmayor Reyes, y luego fue contabilista de casas comerciales) y conocía de los procedimientos utilizados por el capital para arrebatarle los bienes a los deudores imposibilitados para cumplir con las cargas contraídas. Por otra parte, su padre fue médico y boticario, y por esta vía estaba relacionando con el mundo de las valoraciones artesanales, pues la botica clasificaba en el ámbito de las artes manuales calificadas y compartía el universo valorativo y las formas de vida de otros oficios que por los conocimientos exigidos y por la nobleza de los materiales con que se trabajaba se granjeaban la consideración social de los demás. Además, el ejercicio del periodismo de oposición, su adscripción al liberalismo, partido que por esos años contaba con sectores militantes que empezaban a recoger toda la inconformidad suscitada por la llamada “cuestión social” de los trabajadores, y su formación intelectual, le permitió conocer las adversidades de gruesas franjas de la población barranquillera. Años después, el escritor Álvaro Cepeda Samudio declararía que los miembros del Grupo de Barranquilla tenían la impresión de que Fuenmayor siempre era más joven y mucho más liberal que ellos.

Es muy poco lo que sabemos sobre la vida de José Félix Fuenmayor, dado que los registros documentales son escasísimos y su hijo, el también escritor Alfonso Fuenmayor, en un prurito de honestidad, se le dio por no escribir sobre aquél. Hijo de Heliodoro Fuenmayor Reyes y de Ana Elvira Palacio Danowille, nació en Barranquilla en 1885, ciudad en la que falleció 81 años después. Por línea materna el escritor estaba ligado a una de las familias más prestantes de su ciudad natal, pues era nieto de Joaquín María Palacio García del

Fierro, primo hermano de Rafael Núñez, administrador de la aduana de Barranquilla y conocedor del moderno método de contabilidad de Lucas Pacciolo. Pero la militancia política en el liberalismo radical de la mayoría de los Fuenmayor los distanció de la familia materna y los acercó a otros sectores sociales. A la vuelta de la siguiente centuria y siendo ya un adolescente en una ciudad centro de actividades portuarias y comerciales, como muchos jóvenes de unas capas medias organizadas más por estilos de vida y prestancia social que por poseer generosos recursos económicos, José Félix Fuenmayor se aplicó al estudio de los sistemas contables para convertirse en contador de oficio o juramentado. De esos años son los esfuerzos de las instituciones educativas públicas y privadas para enseñar esos sistemas, como fue el caso de los colegios Caldas, del venezolano Pedro Sederstrong y del Colegio Barranquilla (no el que existe actualmente), pues la otra alternativa era ir a la Universidad de Cartagena, ciudad que había atravesado una profunda crisis y mantenía unas disputas con el puerto vecino, lo que la hacían poco atractivas para los jóvenes barranquilleros de esa condición social, que además acusaban limitaciones económicas.

Fue empleado de casas comerciales, funcionario público, diputado a la Asamblea departamental del Atlántico (1919-1921), fundador de las revistas literarias *Semana* y *Mundial*, director del periódico *El Liberal* y en varias ocasiones miembro del directorio municipal de ese partido. Su producción literaria está recogida en los libros *Musa del trópico* (1910), *Cosme* (1927), *Una triste aventura de catorce sabios* (1928) y *La muerte en la calle* (1967). Al lado de Ramón Vinyes se le considera uno de los animadores de la vida literaria de Barranquilla durante la segunda estadía del catalán (1940-1950) en este puerto a mediados del siglo XX, pues durante la primera estadía (1917-1925), el protagonismo de Fuenmayor parece ser secundario si nos atenemos a su aparición en la revista *Voces* una sola vez. Aunque está claro que fue un hombre de poca producción, se hace necesario un trabajo en la prensa barranquillera para seguir las pistas de su producción intelectual ajena a la literatura.¹⁴

Finalizando el decenio de 1910 colaboró en la fundación de la Asociación de Empleados de Comercio de Barranquilla (Adeco), organización mutuaría creada con el fin de socorrerse y para resistir las arbitrariedades de los patronos y administradores, hasta tal punto que para finales del siguiente decenio su presidente, Gualberto Barba (originó el nombre de don Barbo, personaje de la novela?), declaraba que el propósito de ese gremio era conseguir un trato justo y digno para los empleados, quienes por sus conocimientos y por el desempeño de cargos de confianza merecían respeto y consideración.¹⁵

Dada la condición portuaria de sus principales centros urbanos, por las limitaciones de las oportunidades ocupacionales y las actitudes sociales e institucionales frente a la creación intelectual, a lo largo de su

¹⁴ Alfonso Fuenmayor. *Crónicas sobre el Grupo de Barranquilla*. Bogotá, Colcultura, 1978. Existe una lamentable semblanza biográfica publicada en 1995 por Juan P. Llinás Cuentas. "José Félix Fuenmayor", en *Historia general de Barranquilla 2. Personajes*. Barranquilla, Academia de la Historia de Barranquilla, 1995, pp. 70-72. Lo poco que de él conocemos siempre guarda relación con el grupo Barranquilla. Heriberto Fiorillo. *La Cueva. Crónica del Grupo Barranquilla*. Barranquilla, Eds. Heriberto Fiorillo, 2002, pp. 53-58. También ver el prólogo de Juan B. Fernández Renowitzki a la colección de cuentos *La muerte en la calle*. Medellín, eds. Papel Sobrante, 1967, y el de Alfonso Fuenmayor a *Cosme*. Bogotá, Carlos Valencia Eds., 1979, pp. 13-18. Sobre la familia Palacio ver la página web www.palacio.org. Sobre la enseñanza de métodos contables en Cartagena ver "Escuelas de comercio". *La Unión Comercial*. Cartagena, septiembre 14 de 1916. Sobre la vida intelectual en esta ciudad y algunas pistas sobre la producción de J F. Fuenmayor ver Jacques Gilard. *Entre los Andes y el Caribe. La obra americana de Ramón Vinyes*. Medellín, Universidad de Antioquia, 1989, pp. 302-303, 314-315, 347-348; también ver *Voces 1917-1920*, vol. I. Barranquilla, Universidad del Norte, 2003, pp. 335-337, edición a cargo de Ramón Illán Bacca.

¹⁵ Ver las declaraciones de Gualberto Barba en Don Ramiro. *Mis entrevistas*. Barranquilla, 1928. Sobre las labores del dependiente comercial ver: "Se necesita". *El Porvenir*. Cartagena, febrero 5 de 1893 y "A los padres de familia". *Polo Norte*. Magangué, septiembre 11 de 1910. Acerca del maltrato a los empleados del comercio ver "La Asociación de Empleados". *Diario del Comercio*. Barranquilla, mayo 22 de 1925. Sobre el gremio de empleados del comercio en Cartagena ver "La Asociación de Empleados". *La Unión Comercial*. Cartagena, agosto 22 de 1916.

historia colonial y republicana en la región costeña las relaciones entre los intelectuales y el comercio fueron frecuentes, en vista de que el tráfico de objetos materiales también movilizaba libros e ideas. Para finales del periodo colonial el caso que más resalta es el de José Ignacio de Pombo, como el de los miembros de la elite cartagenera sacrificados durante la lucha por la república. Miembros de familias prestantes atraídos por el estudio en una época en que se valoraba el conocimiento como señal de distinción, crecieron detrás de los mostradores de las casas comerciales en calidad de dependientes, contabilistas y administradores, y ahí entablaron intensas relaciones con los empleados de menor rango pero que también luchaban por granjearse la consideración social de los demás. Fuenmayor, al igual que muchos otros intelectuales de la época, tuvo una relación muy intensa con el sector de los empleados del comercio debido a que fue su ocupación, y porque para los años de 1920 la sede de la Adeco se convirtió en centro de encuentro de los intelectuales, en espacio de tertulias en el que los ilustrados exponían sus puntos de vistas sobre muchos temas culturales, y porque compartían una visión de la vida social y de la persona muy afín.

La importancia de este sector sociocupacional en la configuración de la sociedad y de la cultura urbana costeña aún no ha sido resaltada quizá porque el modelo estructuralista con que se ha estudiado el orden social lleva a que se les confunda con el resto de los trabajadores asalariados que se fue formando a partir de finales del siglo XIX en adelante. Como lo veremos más adelante, el protagonismo de esta franja de la sociedad se pone de presente cuando se le reconoce como un sector intermedio que poseía un capital simbólico de prestancia social que les permitía diferenciarse de los trabajadores asalariados no calificados, y al mismo tiempo tener cercanías con los de arriba. Para los dependientes se empleaba el concepto de *empleado*, lo que contrario a lo que se cree, no se trataba de un simple artilugio de los empresarios para dividir a los trabajadores, sino que ponía en juego un mundo de consideraciones sociales de prestancia a los que se aferraban las personas y las familias de ciertos estratos sociales como el que estamos considerando.¹⁶

En muchos casos era una prestancia puesta en juego con relación a sus iguales o a gentes de menor consideración social, pero al mismo tiempo tenían que soportar las humillaciones y los maltratos de los empresarios. Frente a las relaciones con estos es poco lo que se conoce, como también es mucho lo que ignoramos sobre las significaciones de las denominaciones utilizadas para llamar a este sector laboral. Para mediados del siglo XIX al dependiente o empleado del comercio se le llamaba “trabajador asalariado”. Así, en 1846 al ser escogido uno de estos para desempeñar el cargo de Juez Segundo Parroquial, adujo la imposibilidad de aceptar dado que “... dependo con mi familia de la asignación que me tiene hecha el señor Santiago Duncan, de quien soy trabajador asalariado...”¹⁷ Aún no están claras las condiciones sociales que sustentaron este cambio en la denominación de estos trabajadores, pues mientras que la primera hace referencia a la forma como se ganaban el sustento, las segundas parecen referirse a los vínculos sociales que entablaban con los propietarios de los establecimientos comerciales.

No sabemos si las denominaciones de finales del siglo XIX denotaban la acentuación de los vínculos de dependencia social. Lo cierto es que se necesita un trabajo más detallado que investigue esos vínculos en función de las formas del comercio y de los periodos del tráfico mercantil de las ciudades portuarias, los que a su vez dependieron de las circunstancias y facilidades del tráfico internacional; también hay que

¹⁶ La idea que asocia las diferencias entre empleados y trabajadores como un ardid de los empresarios para dividir a los trabajadores aparece en Edgar Caicedo. *Historia de las luchas sindicales en Colombia*. Bogotá, eds. Ceis, 1971.

¹⁷ Concejo Municipal de Barranquilla (C.M.B.). *Libro de 1846. Varios*. (marzo 20 de 1846). Al año siguiente el salario mensual de otro empleado comercial era de \$10,00, mientras que el jornal de cualquier trabajador simple era de \$0,30, con escasa diferencia a no ser que el primero disfrutaba de un trabajo estable. C.M.B. *Libro de 1847. Cuentas*. Comunicación enviada por Pedro Molineros Sánchez al Cabildo Municipal, en la que informa que trabajaba para el comerciante José Antonio Cataño por un salario de \$10,00 al mes.

analizar las formas como esas capas medias satisfacían sus necesidades vitales, la capacidad de autonomía personal y las posibilidades que se les abrieron a algunos para establecer sus negocios gracias a los conocimientos acumulados en las grandes firmas, a las relaciones entabladas y a que el crecimiento del comercio internacional colombiano a través de los puertos era un estímulo para correr el riesgo de incursionar como empresarios.¹⁸ De igual manera hay que tener en cuenta la presencia de extranjeros que trabajaban para casas comerciales de sus países, que luego se convirtieron en agentes comisionistas y más tarde en socios de algunas empresas, como también sucedió con muchos ingenieros mecánicos y capitanes de vapores.

El depender la marcha de la empresa comercial de estos empleados que trataban con mercancías, dinero y llevaban la contabilidad, también pudo tener un efecto doble, pues el interés del propietario por controlarlos pudo verse contrarrestado con la creciente valoración de los dependientes de sus funciones. En muchos casos estas responsabilidades colocaba al empleado en la situación de persona de confianza sobre la que se ejercía un control denigrante por parte del patrono. Para este sector, tanto por su calificación laboral como por ser gente honorable cuya labor asalariada no conllevaba a ejercer oficios rudos, la denominación de “trabajador asalariado” los confundía con los estratos de trabajadores más bajos.¹⁹ Por todo esto, el concepto de trabajador asalariado para este sector laboral cayó en desuso, mientras que para los estratos de los oficios rudos se siguió empleando las denominaciones de “jornaleros”, “domésticos o sirvientes libres”, “sirvientes”, “peones”, “mozos de cordel”, etc., y solo con el siglo XX y con el surgimiento de núcleos de obreros modernos, el concepto de trabajador asalariado volverá a emplearse de manera generalizada.

El uso diferenciado de estos conceptos para personas que en principio sobrevivían gracias a la venta de la fuerza de trabajo se fundaba en los contrastes entre la calificación de la mano de obra y valoraciones sociales sobre el estatus de los diferentes sectores de trabajadores, y por tanto del grado de subordinación con relación a las personas o empresas para quienes trabajaban. Al igual que hoy día, la forma de pago decía mucho del estatus del trabajador. El trabajar por un jornal diario (los jornaleros) denotaba que se estaba sometido a una agonizante lucha diaria por sobrevivir, expresión de pobreza, o lo que era peor, de miseria. Mucho tiempo después braceros y sectores de obreros también estuvieron sometidos al sistema del jornal, lo que debió ser un alivio para una cotidianidad llena de agobios. La forma de pago diaria simbolizaba la total pérdida de la independencia económica, y para muchos sectores sociales eso significaba una degradación social, pues se vivía en una sociedad que valoraba mucho esa autonomía como criterio para definir al ciudadano. La mano de obra calificada (ingenieros, mecánicos, contabilistas, maestros artesanos en sus especialidades, dependientes de casas comerciales), aunque caía en la condición de dependencia económica, la subordinación social en gran medida era contrarrestada gracias a la posesión de ese capital simbólico representado en sus conocimientos, experiencias, inventivas, seriedad y honradez, la que era muy valorada en una sociedad que comenzaba a depender de la modernización de los sistemas de transportes, administrativos y contables. Ellos no trabajan por un jornal; la remuneración se llamaba “salario” o “sueldo”, el que se recibía semanal, quincenal o mensual.

La naturaleza de las relaciones entre los comerciantes y sus empleados es desconocida. Por testimonios directos de viejos empleados de casas comerciales en los años cuarenta y cincuenta del siglo XX y por denuncias que aparecen en la prensa de la época, se infiere que estos soportaban una de las condiciones laborales más adversas entre el sector de los empleados y trabajadores, lo que contrastaba con la posesión de ese capital simbólico representado en sus conocimientos, experiencias, inventivas, seriedad y la

¹⁸ Algunos aspectos de estas transformaciones pueden verse en “Antes y ahora”. *El Porvenir*. Cartagena, marzo 23 de 1879.

¹⁹ En 1844 las personas escogidas para desempeñar los cargos de Comisarios de Policía se negaron a aceptarlo aduciendo que el sueldo de \$6,00 mensuales “los colocaba en peores consideraciones sociales que las otorgadas a un jornalero, pues aquel sueldo era inferior a la sumatoria de los jornales de este al mes”. C.M.B. *Libro de 1844, correspondencia*.

honradez. Las luchas reivindicativas adelantadas a comienzos del siglo XX garantizan afirmar que en muchos casos el vínculo laboral no aparecía como una simple relación económica erigida sobre la independencia de las partes contratantes, resultado a la vez del libre juego entre la oferta y la demanda en el mercado laboral, sino como una relación de dependencia personal del trabajador respecto del empresario o su representante. Puede pensarse que la denominación de “dependientes” que aún hoy día se da a estos trabajadores, es la supervivencia de un vínculo de subordinación que estaba más allá de lo económico. Trabajar en el comercio requería de recomendaciones de personas fiables, lo que creaba compromisos personales entre el trabajador y su familia y quien lo recomendaba. Mientras que en otras áreas las relaciones laborales podían ser más desenvueltas y solo requerían la certificación del anterior empleador, en el comercio eran más complicadas viéndose los trabajadores sometidos a intratos y atropellos.

El control del comerciante sobre el reducido número de personas que trabajaban en su almacén era abrumador, tal como se presenta en la novela que comentamos. Un periódico de 1910 editado en Magangué, puerto fluvial en ascenso por esos años, describe los esfuerzos de muchos dependientes de casas comerciales como un sostenido esfuerzo de padres e hijo: “Consagrar su hijo al comercio, principiando por la dependencia, el barrido, hechura de paquetes, para que más tarde empiece a aprender contabilidad, liquidar facturas, conocer el giro bancario, las tallas, los mercados... todo...” Un relato del mulato cartagenero Juan Coronel contenido en su autobiografía editada en Guatemala en 1894, cuenta con detalles los padecimientos de este sector laboral, por lo que vale la pena citarlo en extenso:

Suspendida más tarde la elaboración de fósforos, pase a sufrir la humillación de mi naciente dignidad, sirviendo como empleado a un comerciante que desconfiaba de cuanto viviera bajo el sol. El muy taimado me hacía oír largos discursos sobre la honradez, seguramente para encontrar en mis disposiciones un auxiliar a sus cien ojos. Pero los hechos desmentían las palabras, porque me ordenaba hurtarle al campesino lo menos un quince por ciento en la medida exacta de sus compras...

El mismo individuo me despidió de su servicio, por esta ocurrencia: en Cartagena hay el hábito cursi de anteponer el calificativo **niño**, al nombre del hijo de padres acomodados, y se oye a los criados llamar niño Pedro a un hombrunazo que tiene más pelos en la barba que lanas un borrego. Si algo exaltó siempre mi pacífico carácter, fue esa ridiculez de la aristocracia cartagenera, y al insinuarle el mercader en cuestión, que debía decirle niño Rafael al mayor de sus retoños, le espeté la más calurosa improvisación que ha salido de mis labios contra las pretensiones nobiliarias. El imbécil llegó hasta amenazarme con los puños, y resolvió mi cesantía por el delito de haberme yo considerado igual a un hijo suyo.²⁰

Frente a los maltratos las alternativas que tenía el empleado dependían de la oferta de empleos y de las necesidades del trabajador y del sentido de dignidad del mismo. En muchos casos abandonaba el trabajo, en otros se llenaba de una paciencia bíblica y soportaba estoicamente, y en algunos optaban por lo que hizo Juan coronel: “Comprendí que necesitaba la fuerza del dinero o la de la instrucción para hacer respetar mis derecho”.²¹

En una sociedad como la costeña que apenas cincuenta años atrás acababa de abolir la esclavitud, y en la que sectores de mestizos y negros libres venían luchando desde la segunda mitad del siglo XVIII para que a

²⁰ Juan Coronel Galluzo. *Un peregrino*. Cartagena, Oficina de Extensión Cultural del Departamento, 1947, pp. 8-9. (2ª edición). “A los padres de familia”. *Polo Norte*. Magangué, septiembre 11 de 1910.

²¹ J. Coronel. *Un peregrino...*, p. 9.

la pequeña sociedad de gentes notables pertenecieran no solo a los que gozaban de prestancia por nacimiento y color, sino también quienes por llevar una vida digna y honorable se merecían el reconocimiento y la consideración positiva de los demás, ese capital simbólico personal y familiar diariamente era puesto en entredicho, por lo que quienes lo usufructuaban tenían que defenderlo contra cualquier intento de menoscabo. El recurso de la protesta colectiva y ruidosa para hacer valer esa consideración no era usual entre estos sectores que habían crecido con un profundo temor al escándalo público, como lo han demostrado los estudios de Germán Colmenares. Fueron excepcionales los casos como el de la insurgencia urbana en Bogotá en 1893 impulsada por los artesanos notables porque desde las páginas e un periódico se les ofendió el honor.²²

Ahora bien, hasta finales de los años de 1910 los empleados del comercio constituían un grupo laboral muy desarticulado y al que le había pasado el cuarto de hora que había permitido que algunos se transformaran en comerciantes aprovechando el conocimiento mercantil y contable adquirido, las conexiones y las capacidades para independizarse con base en el crédito de las casas mercantiles superiores. Por eso su usual forma de protesta asumió la vía individual de abandono del trabajo, la que era propia del mismo mundo social y cultural que compartían los artesanos, dependientes comerciales y trabajadores calificados del transporte y de la naciente moderna industria. En este mundo, (al menos en el caso de los sectores de trabajadores “más visibles” que la información disponible nos permiten analizar), la dignidad personal y familiar era una de las columnas vertebrales en torno al cual se anudaban el resto de valoraciones, producto de una independencia que los colocaba en condición de poder contratar y trabajar como personas independientes, ya fuera en sus talleres, a domicilio o en una empresa. Ese cosmos social y cultural se jugaba su suerte a cada rato, y la novela Cosme es un buen retrato de la situación que vivieron algunos sectores de artesanos a comienzos del siglo XX. Es este riesgo y el deseo de mantener la independencia lo que llevó en 1892 a Mortimer de Lima, ingeniero mecánico curazaleño traído por Francisco Javier Cisneros en 1886, a independizarse y a crear el Taller Colombiano. Lo mismo hizo y de manera explícita Alberto Chegwin, ingeniero mecánico barranquillero, al montar su propio taller “para que sus familiares fueran independientes”.²³

Garantizar la independencia se constituyó en el norte de muchas familias de empleados, artesanos y trabajadores notables, pues ahí estaba el quid de la prestancia y consideración social. La Ley 46 de 1883 del Estado de Bolívar consagraba que para poder ser miembro de jurado de revisión judicial se debía “Tener algún oficio, profesión o industria, que de garantías de independencia personal”. Y esto fue así en todas las esferas de la vida pública a lo largo del siglo XIX. Cuando pasaban a la condición de dependientes económicos, se resistían a la subordinación, por lo que en sus exigencias siempre estuvo presente un “trato digno y justo” por parte de los empresarios y sus administradores. Esta fue una de las peticiones centrales de las asociaciones de empleados del comercio de Santa Marta, Cartagena y Barranquilla.²⁴

No se trata de que en otros sectores esta petición estuviera ausente; más sin embargo, no cobraba la prioridad que si tuvo entre los trabajadores y empleados calificados. El presbítero Pedro María Revollo narra de manera anecdótica esta protesta de los carpinteros de ribera de Barranquilla de la siguiente manera:

... era regla práctica con los trabajadores, muchos de los cuales eran contratados por el

²² Germán Colmenares. “La ley y el orden social: fundamento profano y fundamento divino”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, N° 22. Bogotá, Biblioteca Luis Angel Arango, 1990. Sobre la protesta en Bogotá ver Mario Aguilera. *La insurgencia urbana en Bogotá*. Bogotá, Colcultura, 1997, y David Sowell. *Artesanos y política*. Bogotá, eds. Pensamiento Crítico, 2006.

²³ “Taller Colombiano”. *El Porvenir*. Cartagena, marzo 18 de 1894. Sobre A. Chegwin ver Don Ramiro. *Mis entrevistas*, pp. 6-7, y Miguel Goenaga. *Lecturas locales*. Barranquilla, imp. Departamental, 1953, p. 10.

²⁴ *Recopilación de leyes del Estado Soberano de Bolívar 1857-1875*. Cartagena, imp. A. Araujo, 1876, p. 163.

maestro Sánchez [prestante maestro carpintero de ribera que presidía las fiestas de Nuestra Señora del Rosario], suspendieran el trabajo de carpintería de ribera por un cuarto de hora, a las dos de la tarde, y recibían lo que llamaban **la garza**, o sea una buena porción de agua de panela. Hubo una señora propietaria de bongos que escatimó dar a los trabajadores en el calafateo la merienda consabida, tan sencilla y económica; se quejaron los trabajadores al maestro el primer día; se repitió la mezquindad el otro día, y entonces el maestro les dijo: “cállense, muchachos, no hagan bulla, cojan sus instrumentos y vámonos”.

Al igual que en este caso, en 1910 los carpinteros y ebanistas que trabajaban en el muelle de La Machina de Cartagena decidieron abandonar el trabajo ante la negativa de la empresa del ferrocarril de darles un trato más digno al solo permitirles cinco minutos para salir debajo del muelle, cambiarse de ropas y tomar “la máquina” para venir a almorzar al centro de la ciudad y volver al sitio de trabajo. Entonces, muchos se quedaban en el muelle sin poder ingerir alimentos; todas estas circunstancias y maltratos a la “dignidad humana” fueron explicados en una hoja volante repartida entre la ciudadanía. En 1919 una obrera de la fábrica de Tejidos de la Espriella de Cartagena, fue “Maltratada por un directivo y se marchó”.²⁵

El abandono del sitio de trabajo como forma de protesta fue individual o colectivo dependiendo tanto de las circunstancias como de la prestancia social que tuvieran los sujetos y grupos sociales. En 1907, cuando se formó el monopolio de la navegación fluvial por iniciativa gubernamental de Rafael Reyes, los capitanes Manuel Betancourt, Alfonso de Caro, José P. Rocha, Bartolomé Vizcaya, Max Carriazo y Luís del Valle en protesta por la reducción de personal y las medidas de control que se pretendió establecer, se retiraron de la empresa recién constituida y empezaron a incursionar como empresarios de la navegación, lo que al parecer lograron con algún éxito. El caso de M. Betancourt es el más representativo. A finales del siglo XIX comenzó en la navegación fluvial trabajando para la Empresa Hanseática en calidad de contador de vapor, al lado del capitán alemán Arturo Stegmann de quien aprendió muchos secretos de la mecánica, convirtiéndose en un experimentado e ingenioso ingeniero mecánico y capitán de vapores. Era un hombre que conocía “todos los gajes del oficio”. Pues bien, descontento en 1907 con el monopolio fluvial creado por iniciativa del gobierno de Rafael Reyes, se independizó, y se convirtió en armador de vapores. Para 1914 contaba con un pequeño astillero con sus talleres e implemento necesarios para armar vapores, y ya para finales de ese decenio era un afamado constructor de vapores.²⁶

Pero esta era una respuesta que solo pocos podían asumir, como también fueron los casos de Alberto Chegwin, Mortimer de Lima, Cristóbal Striedinger, Génaro Pérez y algunos otros, en especial quienes habían acumulado un capital simbólico de prestancia gracias al estudio, honestidad y trabajo (conocimientos, experiencia, pericia, honorabilidad y responsabilidad y crédito). Y sin duda alguna que en el caso de la mano de obra calificada que no se podía suplir fácilmente, ocasionaba a los empresarios serias dificultades. Para la mayoría de los mecánicos especialmente los vinculados a las compañías portuarias, esa perspectiva estaba vedada por lo que preferían el retiro decoroso cuando las empresas, en razón del estado de las actividades económicas, decidían prescindir de sus servicios. Así sucedió en 1911, cuando los agentes de la Alianza de Transportes Fluviales, empresa radicada en Londres y administrada por la firma bogotana Pineda López y Cía., despidió a “... más de cien de esos artesanos [mecánicos, herreros, carpinteros, etc.] que son el orgullo de esta ciudad, quedaron sin trabajo ayer mismo”.²⁷

²⁵ Sobre la protesta de los carpinteros de ribera ver Pedro María Revollo. *Mis memorias*. Barranquilla, ed. Mejoras, 1998, pp. 188-189. “Carpinteros”. *El Porvenir*. Cartagena, enero 19 de 1910 y “En la fábrica de la Espriella y Cia.”. *La Causa Social*. Cartagena, julio 12 de 1919.

²⁶ Sobre los inicios de Betancourt en actividades empresariales, ver Archivo Histórico del Atlántico. *Fondo notarial*. Libro de 1914. protocolo N° 292. *El Nuevo Diario*. Barranquilla, marzo 4 de 1914.

²⁷ “Niebla que aumenta”. *El Porvenir*. Cartagena, marzo 23 de 1911.

Pues bien, este fue un mundo que conoció muy bien José Félix Fuenmayor al igual que muchos otros escritores colombianos de comienzos del siglo XX que crecieron en los establecimientos comerciales paternos o ajenos, como fueron los casos de Luís Carlos López, Manuel Cervera, Gregorio Castañeda Aragón, Adolfo Sundheim, el catalán Ramón Vinyes, el filósofo Julio Enrique Blanco, Miguel Rasch Isla, Enrique Restrepo, Leopoldo de la Rosa, como también el bogotano Clímaco Soto Borda entre otros. Él sabía lo que ahí se padecía, y conocía de los procedimientos fraudulentos de muchos empresarios como lo pone de presente en el caso del empresario Pechuga y del capitán Truco (tomó el nombre de Juan Bautista Mainero y Trucco, empresario de Cartagena afamado por sus constantes pleitos y problemas con quienes se le acercaban en planes de negocios, y quien a finales del siglo XIX mantuvo una fuerte polémica con Francisco Javier Cisneros a través de las páginas de el periódico *El Porvenir* por motivo de las luchas portuarias y comerciales entre las dos ciudades?). Quienes observaban el medio cultural e intelectual de ambas ciudades costeñas de comienzos del siglo XX siempre coincidían en señalar que imponía limitaciones para el desarrollo del oficio de la escritura, lo que se debía, según un escritor menor de la Cartagena de 1928 "... a la imperfecta organización social". Luego escribió: "Unos [los escritores cartageneros] viven vendiendo especias, otros sirviéndoles al Gobierno, otros... en fin, cada quien de estos raros señores vive como puede, ya que las imperfecciones de nuestra organización social no les permiten vivir conforme sus justas y nobles ambiciones", y más adelante agregó:

Surgidos a la luz de la existencia en un medio que apenas comienza a modelarse en el sentido de la cultura mental, estos tipos, como los antiguos caballeros de la prosa y el verso viéronse bajo la dura ley obligados a torcer en algo sus naturales aficiones y adoptar, para medio asegurar su subsistencia, una profesión reñida con su temperamento, siendo así el que debía estar en connubio con las musas se halla bajo la férula del capataz enriquecido y bruto, o sujeto a las contingencias del azar, porque ni siquiera pudo encontrar un AMO, o expendiendo comestibles en el mercado...²⁸

Por eso, y por una herencia española que ha puesto de presente el historiador Jaime Jaramillo Uribe, en medio del ambiente cultural de la época de la hegemonía conservadora muchos escritores desarrollaron un claro carácter antiburgués en sus escritos, que los diferencia de lo sucedido en otras partes del mundo donde el empresario se convirtió en héroe. Ello se observa en las novelas *A Fuego Lento* (1902) del cubano Emilio Bobadilla (Fray Candil), la ya mencionada *Fruta Tropical*, en Cosme de Fuenmayor, en toda la obra poética de Luís Carlos López o en una obra teatral como *Secundino el Zapatero* de Candelario Obeso.²⁹ Por eso, en las obras que ponen en relación al individuo con las tendencias predominantes de la sociedad se puede respirar cierto escepticismo, un aire de desesperanza y de crítica mordaz. Desde la perspectiva del arribista lo planteó muy bien Adolfo Sundheim en su citada novela de 1919 al referirse al abogado bogotano que para el segundo decenio del siglo XX se traslada a vivir a Barranquilla y rápidamente se da cuenta que en esta ciudad en leitmotiv que predomina es "¡haz dinero honradamente, y si no puedes honradamente, haz dinero!".

²⁸ A. Román T. *Páginas prohibidas*, Op. Cit. Guillermo Alberto Arévalo también lo advirtió a propósito del "Tuerto" López. L. C. López. *Obra poética*, p. 12.

²⁹ Emilio Bobadilla (Fray Candil). *A fuego lento*. Barranquilla, eds. Gobernación del Atlántico, 1998; Sobre la denuncia de las acciones ilícitas de los empresarios en alianzas con los capitanes de vapores ver "Carta de Eusebio Grau a Miguel Samper", en *El Porvenir*. Cartagena, marzo 9 y 16 de 1878, y José A. Barros. "Informe sobre el establecimiento de buques de correo en el río Magdalena". *Diario Oficial*, N° 3.799. Bogotá, julio 25 de 1876. Sobre el espíritu antiburgués como una herencia de la cultura y las tradiciones españolas hija de la contrarreforma religiosa y el obsecuente encerramiento ha escrito Jaime Jaramillo Uribe. *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá, Planeta eds., 1997. De la obra teatral de C. Obeso tenemos referencia y una sucinta descripción gracias a la obra *Ají Pique* de Antonio José Restrepo.

- **El contexto familiar. La botica y el ambiente intelectual**

Pero la relación de Fuenmayor con el mundo del pequeño comercio y con el universo simbólico de los empleados también provenía por el lado de su padre, Heliodoro Fuenmayor Reyes, médico autodidacta, boticario y perteneciente a una familia de liberales radicales que pagaron con cárcel la oposición que ejercieron al régimen regenerador, como fue el caso de José Fuenmayor Reyes, autodidacta en lecturas contables y económicas y crítico de las medidas monetaristas de los gobiernos regeneradores de finales del siglo XIX. La formación de Heliodoro Fuenmayor R. en ciencias médicas la debió a que por línea paterna provenía de una familia nativa de Maracaibo (Venezuela) que había sobresalido por la dedicación de sus miembros al estudio. Su padre, el general José Félix Fuenmayor, se acreditó en Barranquilla la fama de ser un hombre versado en varias disciplinas y de educar a sus hijos con rigor y apegados al estudio. En una época en que las únicas alternativas que tenían los jóvenes era combinar la dedicación a la jurisprudencia o la medicina con los negocios y la política, Heliodoro Fuenmayor R. ejerció la medicina aprovechando que una ley del Estado de Bolívar expedida en 1882, suprimió los títulos universitarios para el ejercicio de los conocimientos en medicina y abogacía. Cuando para comienzos del decenio de 1890 fue abolida tal liberalidad y se restableció la exigencia del título, no tuvo ningún problema para presentarse ante un jurado de galenos examinadores para que avalaran sus conocimientos y destrezas en el oficio.³⁰

Para quienes ejercían la medicina en esa época un lógico colofón era poseer una botica para preparar los medicamentos recetados a los pacientes. Así mismo, el complemento ideal del apego al cultivo del intelecto era ser publicista, editar un órgano informativo o poseer una imprenta. El padre del autor de Cosme tuvo la fortuna de poseer ambos corolarios. Por eso, su botica editaba un pequeño boletín que contenía propagandas comerciales, noticias y temas culturales y científicos. Por la descripción hecha por Emilio Bobadilla en su citada novela *A Fuego Lento* que tiene por escenario a Barranquilla y Cartagena, ese pequeño negocio era lugar de encuentro de librepensadores, como también debían ser otros talleres, oficinas de profesionales liberales, tiendas y sitios de esparcimiento público, algo muy usual en la época.³¹

Para efectos de estas líneas, es bueno tener presente que las boticas guardaban significativas diferencias con las farmacias actuales, pues quienes las administraban eran personas con conocimientos de medicina, química y de la naturaleza, y recetaban los medicamentos que elaboraban. En 1893, con el propósito de aclarar las tarifas de impuestos a los establecimientos comerciales, la gobernación del departamento de Bolívar conceptuó que se entendía por botica el establecimiento de un boticario, entendido este como "... el profesor de farmacia que prepara y expende las medicinas". No queda claro a que se refiere la disposición de la gobernación cuando asocia el boticario a la condición de "profesor", pero si debe tenerse presente que el gobernador del momento era Henrique L. Román, hijo de Manuel Román y Picón, propietario de la farmacia y laboratorio Román y profesor de química durante varios años en la carrera de medicina de la Universidad de Cartagena. Es el negocio de esta familia el que se encargó de difundir el concepto de farmaceuta que fue desplazando al de boticario hasta el punto que por el decreto citado se vieron obligados a aclarar este último con fines fiscales.³²

Aunque a nivel internacional se estaba operando una separación entre el ejercicio de la medicina y la

³⁰ Sobre el encarcelamiento de José Fuenmayor R. ver "Suspensión del periódico titulado *La Cinta Roja*". *Registro de Bolívar*. Cartagena, octubre 7 de 1897; en esta misma edición el patriarca de los Fuenmayor aparece como ingeniero civil en el "Informe del prefecto de la provincia de Barranquilla". A propósito ver M. Goenaga. *Lecturas locales*, p. 256.

³¹ "Imprentas y periódicos existentes en la provincia de Barranquilla". *Registro de Bolívar*. Cartagena, abril 28 de 1897.

³² "Qué se entiende por botica". *Registro de Bolívar*. Cartagena, junio 29 de 1893; sobre el empleo del concepto de farmaceuta ver "Registro definitivo de las personas obligadas a pagar la contribución directa en el distrito de Cartagena". *Diario de Bolívar*. Cartagena, abril 4 de 1877, y *La Democracia*. Cartagena, abril 24 de 1851.

elaboración de medicamento por los boticarios, en Colombia, como en muchas otras partes del mundo, el médico usualmente preparaba los remedios que recomendaba a sus pacientes, o tenía preferencia por algunas boticas. En algunas ocasiones, los médicos estaban en disputa con los propietarios de estos establecimientos que sin tener aquella condición recetaban. En estos casos, las boticas eran unos pequeños laboratorios en los que se preparaban medicamentos, y el oficio (o profesión) estaba cerca de lo que en el lenguaje del antiguo régimen se conocía como bellas artes en la medida en que su dominio requería de una aplicación al aprendizaje de las reglas del arte que al mismo tiempo eran reglas para la vida. En el proceso de aprendizaje y en el ejercicio del oficio que comportaba trabajo manual, el boticario no estaba lejos del mundo de los oficios artesanales calificados que se habían granjeado la consideración y el respeto social.³³

El ambiente de la botica y de la contabilidad de los negocios marcó en varios sentidos a José Félix Fuenmayor. En una carta de su hijo Alfonso a su madre firmada en Bogotá en 1936, se dejan ver los conocimientos de aquél sobre medicamentos y química.³⁴ Los nombres Damián y Cosme, muy familiares al mundo de los boticarios, corresponden a los patronos de la medicina y de la farmacia. Con toda seguridad que entre los morteros, matraces, pipetas, frascos, los olores de químicos y vegetales, libros y revistas de ciencias y entre las conversaciones de su padre con los contertulios que todas las tardes acudían a la botica, transcurrió la infancia y pubertad del escritor.

Las vicisitudes en que se vieron envueltas las boticas de la época también dejaron su impronta en el escritor, pues desde comienzos del siglo XX tuvieron que afrontar la competencia de empresarios que comenzaban a importar drogas alemanas y norteamericanas que se producían en serie. Estas importaciones estimularon la creación de importantes farmacias, como la de la familia Roca (¿originó el nombre del señor Boca?) y la de Pedro Blanco García, momposino, ingeniero y médico, en las que al lado de la producción manual de drogas se comercializaba en grandes cantidades productos farmacéuticos importados gracias a que los años de “prosperidad a debe” permitieron traer gruesas remesas de artículos de drogas patentadas. Estas familias estaban vinculadas a los círculos del poder y para mediados del decenio de 1930 ligaron sus intereses en la afamada firma farmacéutica Blanco y Roca, la que concentró buena parte de la clientela barranquillera. Aunque es poco lo que conocemos sobre la botica Fuenmayor sabemos que no sobrevivió a los años de 1920.³⁵

³³ William Sewell Jr. *Trabajo y revolución en Francia. El lenguaje del movimiento obrero desde el antiguo régimen hasta 1848*. Madrid, Taurus eds., 1992, pp. 37-50. Sobre disputas entre profesionales diplomados y empíricos ver “Reglamentación de la profesión de abogado”. *La Unión Comercial*. Cartagena, mayo 9 de 1916.

³⁴ Alfonso Fuenmayor. “Carta a Celia de Fuenmayor”, en *Huellas*, N^{os} 63-66. Barranquilla, Universidad del Norte, 2002, pp. 7-8. En un desafiante artículo contra la leyenda sobre “el sabio catalán” y la vida cultural barranquillera del segundo decenio del siglo inmediatamente anterior, se muestra que en la revista *Voces*, además de temas literarios también se escribía sobre ciencias (química y biología), sobre filosofía y espiritismo. Eduardo Bermúdez. “Voces y la mitomanía sobre el sabio catalán”, en *Huellas*, N^{os} 69 y 70. Barranquilla, Universidad del Norte, 2003, pp. 76-79.

³⁵ Para un análisis de las transformaciones de las boticas ver Nina Hinke. “Entre el arte y la ciencia: la farmacia en México a finales del siglo XIX”, en *Relaciones*, N^o 88. Michoacán, Colegio de Michoacán, 2001, pp. 51-78. (revista digital). <http://www.colmich.edu.mx/relaciones>. María del C. Reyna P. “Boticas y boticarios. Siglos XVI al XIX”, en *Dimensión antropológica* (revista en línea), N^o 7. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996. <http://www.dimensionantropologica.inah.gob.mx/index.php?sIdArt=352&cVol=7&cTipo=1&cFlag=1&identi=50&infocad=&nAutor=REYNA%20PÉREZ,%20MARÍA%20DEL%20CARMEN>. Sobre los médicos y boticarios de Santa Marta en el siglo XIX ver José Manuel del Real. *Rasgos históricos de Santa Marta*. Santa Marta, Academia de Historia del Magdalena, 1992, pp. 61-66. Sobre boticas y médicos en Cartagena ver Miguel Camacho Sánchez. *Karmairi Crónica de Cartagena de Indias*. Cartagena: Instituto Tecnológico Comfenalco, 2003, pp. 248-273. Daniel Lemaître. *Poesías y corralitos de piedras*. Bogotá, Corporación Financiera del Norte, 1983, pp. 185, 198, 232; Maryelis Rivero. *Laboratorio Román: origen de la industria farmacéutica en Colombia 1835-1900*. Cartagena, Universidad Tecnológica de Bolívar, 2005, pp. 22-29; Jorge García Usta. *Retratos de médicos. Crónicas sobre médicos del Bolívar grande en el siglo XIX*. Cartagena, coed. Gobernación de Bolívar-Iiec, 2000, y *El pensamiento médico Selección de textos médicos (1890-1940)*. Cartagena, coed. Gobernación de Bolívar-Iiec, 2000. Acerca de las boticas en Barranquilla ver P. M. Revollo. *Mis memorias*, pp. 69-72.

Para mediados del segundo decenio de la pasada centuria, en Cartagena algunos comerciantes empezaron a importar drogas patentadas de Europa y los Estados Unidos y se establecieron algunas farmacias (Bolívar de Andrés M. Fernández, La Moderna del médico diplomado José Caballero Leclerc, Heredia de Galindo Hnos., la de José María Ruiz y cía., droguería Bustamante Hermanos, Droguería Popular de Rafael Rodríguez B., La Central de José J. Bonfante C., El Globo, y otras), las que competían con las boticas como de los Pobres de Manuel M. Muñoz que atendía la clientela de los médicos diplomados Manuel de Lavalle R., José Nova y Sergio Ibarra, la botica La Bola de Oro de Benjamín Benedetti, la Auxiliadora del médico Bernardino Castro M., la del médico Justiniano Martínez Cueto en la que se medicaba gratis "... a todos los pobres en general y muy especial a los de solemnidad"³⁶. De todas estas, la más aventajada era el laboratorio Román que para el penúltimo tránsito finisecular estaba bajo la administración de Henrique L. Román, miembro de los círculos sociales más importantes de la ciudad, político que se había visto favorecido por los gobiernos regeneradores gracias a sus entronques familiares con Rafael Núñez, los Vélez y los de la Vega. Gracias a sus recursos, influencias y solidez de su negocio se consiguió patentes de productos de tocador y de drogas de consumo masivo. Para 1916 ya tenía una enorme ventaja sobre el resto de farmacias y mucho más sobre las boticas cartageneras, produciendo cuarenta y siete especialidades.³⁷

Es este mundo el que se mueve como un trasfondo de la novela Cosme, en especial de la vida de sus padres, don Damián. La naturaleza del establecimiento de don Damián no está claramente descrita en la novela. Para comienzos del siglo XX el negocio de la farmacéutica se ha complejizado gracias a las transformaciones industriales de la química en la economía del Atlántico Norte que permitió abaratar los costos de producción y cuyos artículos eran de fácil movilización gracias a que no ocupaban mucho espacio en los vapores marítimos de la época. A esto hay que agregar que la condición de puertos de importación, la existencia de núcleos de extranjeros, los continuos viajes al exterior y la proximidad del Canal de Panamá (dado al servicio en 1914) con sus hospitales y galenos estadounidenses, crearon las condiciones para que sectores de las élites de esta región tuvieran una inclinación por los servicios médicos y las farmacopea extranjera, la que en ese tránsito de siglos comenzaba a vivir una de las transformaciones más significativa gracias a su industrialización que permitió producir drogas en grandes cantidades. Una revisión de la prensa cartagenera y barranquillera del segundo decenio del siglo XX en adelante, muestra que las personas prestantes acudían con mucha facilidad a la zona del canal de Panamá para tratarse los achaques de salud de alguna consideración. Todo esto estuvo coronado por unas campañas sistemáticas de la medicina alopática contra la medicina tradicional y la homeopática, la presencia de los estudios de medicina en la Universidad de Cartagena y unos empresarios (algunos de ellos médicos) a la caza de negocios rentables, empezaron a transformar y acorralar a médicos y/o boticarios.

Estas circunstancias ayudaron a introducir gradaciones en el comercio de drogas que iban de los grandes

³⁶ Sobre las farmacias y boticas de Cartagena ver *Unión Comercial*. Cartagena, 1915, varios números. También ver "Los diez mandamientos del buen éxito en la farmacia". *Ibid*, abril 15 de 1916.

³⁷ En 1879 la Farmacia de Román e hijo elaboraba tinta indeleble, antisifilíticos, purgante Román, píldoras específicas contra el pujo y disentería, magnesia vermífuga, jarabe que quina ferruginoso, jarabe de horchata, jarabe de aceite de ajonjolí, jarabe de aceite canime, jarabe de raíces de hipecacuana. En ese mismo año la farmacia Vásquez producía ron depurativo, tónico para el cabello y elixir antirreumático, y la farmacia de los hermanos Franco producía vermífugo y tricófero para el cabello. "Exposición en Boyacá". *El Porvenir*. Cartagena, agosto 24 de 1879. Entre las especialidades que en 1916 producía Laboratorios Román sobresalían la famosa curarina de Juan Salas Nieto, jarabe cloral, cerebrina, inyección roja, jarabe fórmico, jarabe pectoral de codeína y Tolú, elixir antiasmático, elixir citrolactato de hierro, jarabe depurativo, tónico oriental para el cabello, lociones, pomadas, polvos dentífricos, cremas, bay rum, vinos de hierro, simarrubia, listerine, antihistérico, bitter aromático. "Exposición de Cartagena". *La Unión Comercial*. Cartagena, febrero 19 de 1916; sobre los cargos de la familia Román en la administración pública en 1889 ver Mario Aguilera, Mario. *La insurgencia urbana en Bogotá*. Bogotá, Colcultura, 1997, pp. 445-446. Sobre la labor docente de farmacia de H. L. Román ver "Decreto N° 23, sobre nombramiento de empleados y catedráticos del colegio del Estado". *Diario de Bolívar*. Cartagena, enero 24 de 1878; "Rasgos biográficos de H. L. Román". *La Unión Comercial*. Cartagena, agosto 28 de 1915.

establecimientos que importaban y distribuían drogas extranjeras, preparaban específicos, ungüentos, tónicos y otros remedios, pasando por medianos negocios que no importaban pero si redistribuían los medicamentos que los anteriores les suministraban, hasta llegar a los boticarios tradicionales que con materias primas importadas y plantas medicinales del medio preparaban pociones para los enfermos que los consultaban.

Pues bien, ya para comienzos del siglo XX empresarios de ambos puertos importaban drogas en grandes cantidades y se establecieron farmacias como negocios independientes del ejercicio de la medicina. Una mirada a la prensa de la época así lo muestra, y en una voluminosa publicación bilingüe como lo fue *El libro azul de Colombia*, editado en Nueva York en 1917, encargada de promocionar a Colombia en el exterior, contiene fotografías y breves reseñas sobre esos establecimientos en Barranquilla, Cartagena y en el resto del país. Verbigracia, de Barranquilla aparecen grandes farmacias como la Central, propiedad de la firma Correa & Blanco que expendía drogas y medicinas de patentes, implementos de medicina, odontología y perfumería. También anunciaba la farmacia y droguería de L. Insignares V & cía. que contaba "... con todos los elementos modernos para la preparación de fórmulas y específicos". De igual modo, la farmacia Nacional, propiedad de la sociedad Castellano & Roca Niz, importaba drogas. De Cartagena aparece la publicidad de José María Fuentes L. (padre de Toño y Curro Fuentes, impulsores de la fonografía en la región costeña), en la que promociona sus jarabes, específicos, ungüentos, píldoras, todas hechas en Cartagena. La farmacia y Laboratorio Román promociona su específico Curarina de Juan Salas Nieto y dice preparan "40 especialidades farmacéuticas más..."³⁸ Precisamente, a finales del decenio de 1920 los Blanco con los Roca Niz se asociaron y crearon la droguería y farmacia Blanco & Roca que se convirtió en la principal empresa distribuidora de productos en la Costa.

• Las valoraciones sociales y los estilos de vida

Así que la comprensión de la obra se hace mucho más rica cuando se desplaza el lente de análisis hacia la familia de Cosme, pues se manifiesta el mundo social y cultural de la época que no se percibe cuando solo se analiza la relación entre el personaje central y las transformaciones sociales que se estaban operando. El universo social representado en la novela se caracteriza por su fragilidad, pues cualquier persona y su familia podían ser arrojadas por un traspie que colocara en entredicho una honorabilidad lograda con dificultad, con muchos sacrificios y mantenida con mucha desazón. Esta fragilidad es la que sostiene buena parte de la tragedia escenificada en la novela Cosme. Lo primero que salta a los sentidos es que la vida de sus progenitores es un rosario de incertidumbres frente al porvenir que espera a su hijo, como también de padecimientos materiales. En medio de una situación profundamente adversa se sumen en un ambiente distópico, en la ausencia de proyectos de vida, y sin oponer resistencia transitan de la condición de "pobres vergonzantes" que soportan todas las privaciones habidas y por haber a la de miserables, distinción de gran valía en la construcción del orden social de ese entonces. No se atreven a declararse "pobres de solemnidad", figura que les hubiese permitido recibir una pequeña caridad de las autoridades municipales, pues las valoraciones que estructuran su forma de vida provienen de un mundo donde el honor y la dignidad son piedras axiales. Las limitaciones solo las conoce el médico Patagato y Surita, la empleada doméstica, quien soluciona las apremiantes necesidades mientras que los patronos están paralizados, inertes frente a las calamidades. Si "orgullo con hambre" y "pobre pero honrado" fueron los apotegmas que durante muchos años orientaron su existencia, ahora comienzan a desmoronarse frente a una fatalidad que los deja en la calle por efecto de una hipoteca sobre la casa y de un préstamo sobre la botica. Daniel Lemaitre, cronista cartagenero, con mucho tino describió la situación que estamos planteando al referirse a esa especie de parientes pobres de las familias prestantes, como era el caso de la nieta de un coronel de la

³⁸ *Libro azul de Colombia*. New York, 1917, pp. 265, 268, 271, 283 y 288.

independencia educada con holgura que incluyó hasta clases de piano; pero la vejez la cogió sola y desamparada, y al igual que el personaje de *El coronel no tiene quien le escriba* de Gabriel García Márquez, cifró sus esperanzas en una pensión oficial por los servicios prestado por su abuelo en la lucha por el establecimiento de la república, la que nunca llegó. Lemaitre observó que en medio de los infinitos padecimientos materiales que la llevaron a la demencia,

...sus modales de persona educada se agarraban a los harapos y la conservaban como borroso facsímil de aquella señorita Serra, dama de mecedora y piano, nieta de un Coronel de la independencia... [luego agregó] La miseria, ha dicho alguien, no es una deshonra pero está muy cerca de serlo. A la verdad, sólo las almas templadas en severa tradición hogareña encuentran donde asirse para cruzar los tremedales de la vida. Entonces, abroqueladas con la virtud, saborean en la miseria misma el goce de su nobleza, que es el camino de Dios.³⁹

Frente a este cuadro de infortunios la única salida que queda es la muerte: doña Ramona se desmorona ineluctablemente y fallece sin tener ninguna conexión con la realidad, don Damián se suicida y Cosme termina por abandonarse por completo ante las desventuras y muere violentamente en una situación absurda.

La pérdida de esperanzas y el abandono no era nada nueva para los sectores sociales que veían como eran despedazadas esa forma de vida que le granjeaba una consideración social, cayendo en la ausencia de proyectos positivos. En una reciente obra que analiza las variaciones en los discursos del artesanado colombiano de mediados del siglo XIX acorde con los cambios en la situación política y en la correlación de las fuerzas sociales en pugnas en el marco de la aplicación de las reformas liberales, se señala que después de la caída de José María Melo en 1854, sectores importantes de este grupo social se retrotrajeron de la vida pública y en determinadas circunstancias no poseyeron la capacidad para sobreponerse a las circunstancias adversas.⁴⁰

Ese desaliento fue común entre los miembros del sector de los artesanos notables calificados, de los pequeños comerciantes al menudeo y de profesionales de extracción humilde que no veían prosperar sus negocios, talleres y consultorios, siendo lo más usual vivir en una continua zozobra ante el riesgo de ser empujados cuesta abajo dado que al borde de las puntas de sus pies estaba el precipicio de la miseria, como se observa al leer los poemas de Cosme cuando se percata que la mujer amada se siente atraída por otro joven. En otros planos esta situación también se reflejó en la creación de algunos escritores de ese tiempo, como aparece en un poema de Víctor Manuel García Herreros, poeta proveniente de una familia de modestos comerciantes, y que tiene validez para muchos artesanos que hacían de sus talleres pequeñas tiendas:

Mi Tienda

Un agujero antiguo y oscuro.
La vida que no tiene
ante ella pasa, febril
mientras yo, inmóvil
y fosco, miro hacia afuera.

³⁹ D. Lemaitre. *Poesías y corralitos de piedras*, p. 225; también ver pp. 172, 181-182.

⁴⁰ Francisco Gutiérrez Sanín. *Curso y discurso del movimiento plebeyo en Colombia 1849-1854*. Bogotá, El Ancora eds., 1995, pp. 97 y ss. También ver Alberto Mayor Mora. *Cabezas duras y dedos inteligentes*. Bogotá, Colcultura, 1997.

Un poema de Luis C. López, publicado en 1909, también presenta una situación similar:

Comerciante en miniatura
De artículos sinuanos,
El negocio entre sus manos
Es una caricatura.
Con su humilde vestidura
Y su andar acompasado,
Sueña con el tiempo pasado
De Núñez, Don Rafael,
Quien lo ascendió a Coronel
Por habérsele agachado.⁴¹

El tema del carácter, de la personalidad, de los atributos morales para “triunfar en la vida” que tiene que ver a contraluz con las características de Cosme, o de cualquier otra novela del tránsito del siglo XIX al XX, estuvo en el centro de las discusiones de la época y sectores de las capas medias de la sociedad colombiana de ese entonces no fueron ajenas. Ese cambio finisecular trajo mucha literatura sobre el tema del hombre práctico como algo opuesto al hombre contemplativo: el nuevo siglo quiso anunciar la nueva era del empresario, del hombre que doblega todas las adversidades y las convierte en valores monetarios. Obras como *El propio esfuerzo* de Samuel Smiles, traducida al español por el cartagenero Eduardo Gutiérrez de Piñeres, fue moneda corriente en estos sectores a comienzos de la penúltima centuria, mientras que surgían émulos del inglés como fue el caso de Manuel Belisario Romero, empresario y político de El Carmen de Bolívar que publicaba columnas periodísticas sobre el tema de la superación, la perseverancia, la disciplina, la vida digna en las páginas de los periódicos cartageneros de comienzos del siglo XX. Las páginas de los periódicos de los dos primeros decenios del siglo XX están llenas de artículos en los que se exaltaban a los empresarios de la época como los paradigmas del hombre que había que construir.

Las discusiones disciplinarias de la psicología, la sociología, la literatura, la política, la economía y desde las ideas esotéricas como la masonería, espiritismo y rosacrucismo⁴², apuntaban a señalar la necesidad de formar los aspectos del hombre práctico. Los trabajos de Max Nordeau, Alan Kardec, Maximiliano Avilés (*Fuerza de Acción*), José E. Rodó (*Motivos de Proteo*) que exaltan el papel de la voluntad en la construcción del mundo, como también apartes de la obra de Miguel de Unamuno que se referían al tema, fueron leídos por estos sectores. Los artículos polémicos contenidos en la prensa de 1912 de escritores barranquilleros y cartageneros en torno al tema de la intervención del libre albedrío “... en la lucha contra la herencia psicofisiológica y el medio psicológico...”, manifiestan claramente el medio intelectual de la época. Uno de estos escritos sobre la superación de las adversidades señala: “... en el hombre hay una fuerza superior a las circunstancias externas que sobre él pueden obrar, que lo capacitan para vencerlas y sobreponerse a ellas, y esa fuerza no es otra cosa que la voluntad y esta supone necesariamente la

⁴¹ *Caminos. Revista quincenal de letras*, N° 4. Barranquilla, 1922, p. 22; “Kodacks”. *Penitente*. Cartagena, marzo 28 y abril 4 de 1909. Un análisis del carácter antihéroe de las letras costeñas en J. Alstrum. “La poesía de Luis Carlos López y la tradición de la antiliteratura en las letras hispánicas”, Op. Cit.

⁴² El mejor exponente de las corrientes esotéricas fue el escritor Abraham Zacarías López Penha como puede leerse en su novela *La desposada de una sombra* publicada en Barcelona en 1903. Al respecto ver Ramón Illán Bacca. *Escribir en Barranquilla*, Op. Cit., pp. 7-24. Sobre el ambiente cultural y literario de finales del siglo XIX ver S. P. Solano. “Política e intelectuales en el Caribe colombiano durante la Regeneración: 1886-1899”, Op. Cit., pp. 167-180. Manuel B. Romero. “La ilusión”, “El poder de la voluntad”, “La división del tiempo y su influencia en los destinos humanos”. *El Porvenir*. Cartagena, agosto 14, noviembre 8, diciembre 31 de 1910.

libertad...⁴³ En la parte inicial de la novela, Fuenmayor hace del doctor Patagato en vocero de disquisiciones psicofisiológicas de esta naturaleza, tema que estaba en boga a comienzos del siglo XX, como también lo pone en boca del profesor Colón, quien señala a los familiares de Cosme que su pedagogía estaba fundamentada en la fisiología, pues a partir del funcionamiento del cuerpo humano explicaba química, física, matemática, astronomía, y otras disciplinas que se aprendían en los estudios de bachillerato. La colección completa de la revista Voces (1917-1920), recientemente reeditada muestra la pasión por estos temas⁴⁴. Aún desde las ideologías contestatarias se insistían en el papel de la acción en la construcción del mundo.

Una literatura de carácter voluntarista que empezando en la filosofía y pasando por lo esotérico terminaba en la poesía y la novela, también permitía coagular las características de lo que José Ingenieros llamó “el hombre mediocre”: la inactividad, la falta de carácter, de ingenio, de persistencia, de propósitos, la ausencia de ilusión. En fin, el ambiente cultural letrado de la época discutía sobre el hombre que requería el nuevo siglo y eso guardaba estrecha relación con los estilos de vida de vieja y nueva data que hacían presencia en el mundo urbano colombiano y costeño.

Algunos sectores intelectuales que se formaron durante el último cuarto del siglo XIX respondieron con desconfianza al discurso de la necesidad del hombre práctico. Tal fue el caso de Pablo Juan Bustillo, abogado y autodidacta en economía, quien en 1908 escribió:

Vivimos en una época en que lo que más se proclama es la necesidad de HOMBRES PRÁCTICOS... Creemos que hombres prácticos es algo más que un hombre docto, puesto que él debe ser ciencia y arte a un mismo tiempo, libro e instrumento; base y desarrollo; inteligencia y acción. ¡Dichoso el país que tiene muchos hombres de estos! ¡Desgraciado el que solo tiene muchos teóricos; pero mucho más desgraciado aún el que se resolviera a seguir los consejos de los hombres prácticos del día, que han creado la incompatibilidad entre la escuela y la fábrica, entre el colegio y la industria, entre el estudio y el trabajo!⁴⁵

- **Formas de vida que desaparecen**

Es función de la sociocrítica determinar hasta dónde estos ambientes marcaron la creación de Fuenmayor y los recursos que empleó para recrearlos. Lo que sí está claro es que Cosme es una novela dual que expone la escisión entre unas formas de vida que se hundían y otras que emergían, y su personaje central es el extraño puente entre ambas. El mundo de sus familiares y allegados permite suponer que alguna vez estuvo construido sobre unas valoraciones de la imagen social positiva proyectada, y por ende sobre el temor al escándalo público y a transitar la tenue línea que separa la pobreza de la miseria. Este es el pequeño mundo de Don Damián, su familia y del doctor Patagato, erigido en torno a un estilo de vida que exalta el honor, la dignidad, el autoesfuerzo, el trabajo, la educación, la conducta decorosa, el rechazo al escarnio público. Estos personajes, al tiempo que pueden compartir con las gentes de más abajo muchos aspectos sociales y culturales, se diferencian por ese estilo de vida más acabado y elaborado.

⁴³ S. P. Solano. “Trabajo y ocio en el Caribe colombiano 1880-1930”, Op. Cit., pp. 61-76. “El libre albedrío”. *El Porvenir*. Cartagena, agosto 1º de 1912.

⁴⁴ Sobre las lecturas a comienzos del siglo XX ver Julio Núñez Madachi. “Dimensión espacial y temporal originaria en la vida de Julio Enrique Blanco”, en *Huellas*, N° 28. Barranquilla, Universidad del Norte, 1990, pp. 5-18. *Voces 1917-1920*. Barranquilla, Universidad del Norte, 2003, 3 vols. (a cargo de Ramón Illán Bacca). En el vol. I ver los artículos de Enrique Restrepo, pp. 39-41, 271-276, Julio Enrique Blanco, pp. 174-188, 203-215, 231-242,

⁴⁵ “Lo especulativo y lo práctico”. *El Porvenir*. Cartagena, mayo 1º de 1908.

En la actitud del boticario Don Damián frente a la voracidad del capital que lo despoja de su pequeño negocio y de los utensilios que empleaba en la elaboración de las fórmulas médicas para los pacientes del doctor Patagato, se puede leer las actitudes de esos actores sociales que entraban en crisis y veían desaparecer los estilos de vida en que habían crecido. El progenitor de Cosme no escucha las sugerencias del médico amigo para que entablara pleito y prefirió asumir con mucha resignación el despojo que llevó a cabo la casa comercial Richardson and Williamson representada por mister Perheth. Su argumentación está por el lado de unas valoraciones que resaltan la pobreza llevada con dignidad, con decoro, y por eso ve con mucha preocupación que Cosme corra el riesgo de transitar y pasar la tenue línea que separaba la pobreza de la miseria. Aquella es una situación material, mientras que esta agrega a las limitaciones de recursos la degradación espiritual.

Pero su reacción también denota el profundo temor que sentían algunos sectores sociales frente al escándalo público pues ello traía el desmedro de la consideración social de los demás. Germán Colmenares lo advirtió hace más de tres lustros al señalar que el orden social colonial en buena medida estaba construido sobre ese temor, pues el escándalo convertía en hecho público las conductas familiares y privadas, y con ello se desmoronaba el frágil reconocimiento social alcanzado a través de ingentes sacrificios personales y familiares⁴⁶. El escándalo público estaba en contravía con unas formas muy particulares de valorar la vida en sociedad y la valía individual de las personas y por consiguiente de las familias, pues en esa época no se distinguía entre individuo y su forma societaria más inmediata, el núcleo familiar. Todo lo que afectara el reconocimiento social del individuo tocaba la fibra más íntima de la consideración social alcanzada por la familia por medio de un sostenido forcejeo de varias generaciones que se habían esforzado en granjearse una posición digna y honorable en el concierto social. Un buen ejemplo de lo que esto significaba fue el caso de la protesta estudiantil en la Universidad de Cartagena a mediados de 1915 contra la imposición de castigos físicos, por lo que intervino la policía e intentó que varios estudiantes firmaran fianzas; uno de los jóvenes y sus familiares se negaron a firmar bajo las siguientes consideraciones de que, "... firmar esa fianza sería prohijar que yo he escandalizado en esta ciudad, y estoy seguro de que esta sociedad, no tiene ni puede tener queja de mí en ninguna forma; busque a ver si existe diligencia que me haya traído alguna vez a la policía... esa fianza todos los días diría a todo el que la leyera, que yo había escandalizado".⁴⁷

Se trata de unos estilos de vida de familias enteras que se movían con dificultad en el límite de la sutil línea que separaba el reconocimiento decoroso de la caída en desgracia. Les ha costado ingentes esfuerzos ganarse el aceptación de los de arriba, de sus similares y el respeto de los de abajo, y frente a unos como a los otros, diariamente enfatizaban en el honor, la dignidad y reaccionaban con mucha preocupación ante todo aquello que amenazara con colocarlo en entredicho.

Sobre estas formas de vida la novela también expone otras aristas del mundo social de ese sector social medio que representaba Don Damián. Él, doña Ramona, madre de Cosme, y el doctor Patagato, su padrino de bautismo, muestran una permanente preocupación por la educación del niño, por la selección del colegio, por inculcarle unos valores en los que la educación desempeña un papel central. Las recientes investigaciones de la historia social subrayan las actitudes de esos sectores medios y de algunas franjas de los sectores bajos por procurarse los mecanismos de movilidad social como la educación en el primer siglo de vida república que podía garantizar la consideración de los demás. "Solo quien estudia llega a ser alguien en la vida", era un apotegma que estaba muy presente en aquellos sectores que hacían gala de ingentes esfuerzos ("hacer de tripas corazones") por educar a sus hijos. A propósito de este aspecto, la historiadora suiza Aline Helg ha demostrado que las estrategias individuales y familiares de superación fueron más comunes de lo que se cree durante ese siglo, lo que marca una diferencia con otras sociedades de negros y

⁴⁶ G. Colmenares. "La ley y el orden social: fundamento profano y fundamento divino", Op. Cit.

⁴⁷ "Habla el señor Esaú Conde Ribón". *La Unión Comercial*. Cartagena, septiembre 2 de 1915.

mestizos que acudieron frecuentemente a las acciones colectivas para reivindicar sus derechos y espacios de participación y de movilidad social.⁴⁸

A través de una especie de contrapunteo para resaltar el carácter de Cosme como un típico antihéroe, José Félix Fuenmayor recrea esa preocupación que se extiende al periodo juvenil en el que la madre y el padrino se esfuerzan para que Cosme se adiestre en un “sentido práctico de la vida”. Por eso consiguen colocarlo en la Pan Comercial del señor Pechuga administrada por don Barbo, quien luego lo destinó como contabilista del vapor Zangamanga que bajo la dirección del capitán Truco trasegaba por las aguas del río Magdalena. Es una actitud que se refiere directamente al refrán “estudie para que sea alguien en la vida”.

Es en el espacio laboral de Cosme donde se manifiesta el contraste entre los valores familiares en que fue educado y la cambiante realidad a que estaba sometida la Barranquilla de la tercera década del siglo XX. Guillermo Tedio captó esa realidad en los siguientes términos:

Como se puede apreciar, el fracaso laboral de Cosme proviene de que, aferrado a ciertos valores de uso como la honradez, la probidad, la fidelidad, la honestidad, se opone al antivalor de la ganancia mal habida. Cosme busca así, según su modo de ver el mundo, valores auténticos en un espacio mercantil, seguramente la Barranquilla de la década de los veinte en que vivía Fuenmayor cuando escribía su novela. La usura, el robo y el despojo autorizado por la ley ocupan un lugar preponderante en la sociedad urbana que pinta Fuenmayor.

Pues bien, los cambios en los estilos de vida que fue introduciendo el capitalismo fueron padecidos por diversos sectores de la sociedad debido a que el capital simbólico que granjeaba la consideración y el respeto de los demás estuvo repartido de manera asimétrica entre distintos estratos sociales. Esto porque en las sociedades tradicionales los factores que determinaban el encumbramiento social (riquezas, poder político y prestancia social) no se concentraban en las mismas personas y/o en un solo grupo. Entonces, artesanos notables, trabajadores calificados, empleados de casas comerciales y de empresas de transportes, profesionales de condición humilde, hombres letrados, pequeños comerciantes, burócratas, oficialidad de la fuerza pública, educadores, parientes pobres de las familias de las elites, trabajadores humildes y muchos más, formaron parte de este sector que compartió un estilo de vida organizado en torno a la valoración del honor, la dignidad, la condición de buen vecino y de buen ciudadano.

Frente a la degradación de este estilo de vida las reacciones fueron diversas acorde con la procedencia familiar, la condición étnica, el estatus de sus oficios, las aspiraciones, sus proximidades o lejanías con los sectores de más abajo y con las elites, en fin, en concordancia con la diversidad del capital simbólico que se poseyera. Esa defensa tuvo una gradación en concordancia con los cambios que se venían operando, pues por una parte el primer lustro de los años de 1920 fueron los de la llamada “prosperidad a debe” y se produjo una movilidad social fundada en la riqueza material, la que era muy mal vista por las elites tradicionales. Además, son los años de un crecimiento demográfico gracias a los sectores de población del campo de casi todo el país, y esto imposibilitó conocer la ascendencia de los recién llegados, grave problema para sectores raizales habituados a tener ese conocimiento pendiente al momento de catalogar socialmente a personas, familias y grupos.

⁴⁸ Aline Helg. “Sociedad y raza en Cartagena a fines del siglo XVIII”, en Adolfo Meisel y Haroldo Calvo (eds.). *Cartagena de Indias en el siglo XVIII*. Cartagena, coed. Banco de la República-Universidad Jorge Tadeo Lozano, 2005, pp. 319-364; de esta autora *Liberty and equality in Caribbean Colombia 1770-1835*. Londres, coed. Chapel Hill-The University North Carolina Press, 2004.

Los nuevos canales de movilidad social y política que se abrieron gracias a la riqueza material y a que los recién llegados ingresaron a las redes de clientela de nuevos actores de la vida política, entre los sectores que empezaron a sentirse amenazados y desplazados pudo haber afianzado una lectura del orden social basada en la prestancia, con sus correlativas prácticas de exclusión y marginación. ^{En 1928} Francisco Carbonell González, miembro de la elite raizal barranquillera llamaba la atención porque consideraba que la inauguración de las obras de canalización de Bocas de Ceniza traería “corrientes indeseables” que asaltarían la dirección de la ciudad. “Debido al aumento de la población, el alma barranquillera no se ha modelado todavía de una manera precisa, para construir propia personalidad y es indispensable provocar corrientes de cohesión y atracción...”. Algo parecido había hecho en Cartagena Fernando De la Vega quien veía con enfado como los notables de las poblaciones de las sabanas y del bajo Sinú se habían desplazado a esa ciudad; con mucha sorna concluía: “nunca el monte osó asomarse al jardín”.⁴⁹

Durante varios decenios muchas familias se apertrecharon en esa escala de valoraciones sociales y defendieron sus estatus sociales frente a la nueva prestancia por riqueza material, a la que siempre contraponían lo que consideraban el mayor patrimonio de cualquier ser humano: dignidad, honradez, esfuerzo familiar, trabajo, estudio, decoro, el no escandalizar a la sociedad. Así se conservaron con orgullo y altivez, sin someterse y sin aceptar afrentas. Otras que formaban la franja de los parientes pobres de las elites, vivieron con unas prestancias prestadas y a la sombra de sus consanguíneos colaterales, y se caracterizaron por su arribismo y por sus actitudes ofensivas frente a los demás, y constituyeron un baluarte en la defensa de la prestancia por nacimiento. Muchas otras cayeron en desgracia y trasegaron de la pobreza a la miseria sin oponer tenaz resistencia, estados que marcaban una diferencia significativa en una época en la que con mucha vergüenza algunos sectores aceptaban ser declarados “pobres de solemnidad” para poder recibir una pequeña ayuda de las autoridades y así evitar caer en la condición de miserables, el último peldaño de la estratificación social.

Esto quiere decir, que las actitudes frente al reconocimiento social no obligatoriamente eran homogéneas, pues existían diversas lecturas, experiencias y expectativas en torno a la autovaloración positiva en concordancia con la diversidad de sectores sociales y étnicos existentes y las ubicaciones de estos en el orden social.

En lo esencial se trataba de un frágil estatus de índole familiar conservado con mucho celo y que implicaba diseñar estrategias colectivas para mantenerlo y/o mejorarlo. Estudio, trabajo, procesos de desnegramiento entre las familias de color mediante las conocidas estrategias de “mejorar la raza”, de “lavarse”, como se estilaba decir aún hoy, a través de matrimonios con personas de menos pigmentación en la piel, o de aclararse a la sombra, fueron algunos de los mecanismos empleados para mantener o mejorar un poco esa calidad social. La variada escala de pigmentación que entre el negro y el blanco establecía una amplia gama de matices constituía un acervo del que echaban mano diversos sectores para defender sus estatus sociales. Si esto se acompañaba con la puesta en escena de una vida pública virtuosa (trabajo, educación, buenas maneras, recato, etc.) mucho mejor.

El traspie de algún miembro de la familia podía enlodar la dignidad de la misma y llevarla a perder la consideración y estima de los demás. Debido a esto muchas cabezas de familia se mantenían en continua guardia y levantaban a sus hijos y parientes con rigor, con mano dura, pues, para ilustrar con un ejemplo, en un medio social en el que primaba las uniones libres siempre se corría el riesgo de que una joven de la familia se “saliera a vivir” con un fulano de tal considerado de menos condición social y que esta decisión

⁴⁹ Don Ramiro. *Mis entrevistas*. Barranquilla, 1928, p. 39.

arrastrara a la deshonra a sus parientes⁵⁰. De ahí que “la legítima defensa del honor personal y familiar” era una figura contemplada en la legislación penal que en ciertos casos permitía que los mayores procedieran por vías de hecho contra quienes mancillaban la dignidad. La novela *Crónica de una muerte anunciada* de Gabriel García Márquez está construida en torno al drama que vive un hombre recién casado que siente ultrajada su honra porque su esposa no llega virgen al matrimonio, y la tragedia que suscita la familia de esta con el asesinato del hombre que les ultrajó el honor, lo que constituía un acto simbólico para el resto de la sociedad que esperaba de esta manera que la familia mancillada mantuviera la consideración de los demás.⁵¹

Estas valoraciones sociales y el estado de permanente guardia para mantener el estatus ayudó a crear el fenómeno del madroterismo, pues la familia del periodo colonial era socorrida por la existencia de una jurisprudencia que prohibía los matrimonios entre parejas socialmente desiguales por razones étnicas, económicas y de prestancia (nuevamente ratificado por una real cédula de 1788), que obligaban a las uniones clandestinas y al amancebamiento entre personas de distintas esferas. Los tratos amorosos y sexuales entablados entre estas que frecuentemente terminaban en embarazos o la pérdida de la virginidad, nada podían hacer frente al alegato de los familiares del joven de mejor posición social. Los padres de éste también intervenían para lograr que su promesa de matrimonio no tuviera efecto. Las familias de mestizos que habían alcanzado cierto estatus social, también reproducían estas valoraciones “... y entablaron un severo control sobre las pretensiones matrimoniales de sus hijos... aun entre los sectores más pobres de las ciudades, se levantó una pared que limitaba las nupcias”.⁵²

En fin, podemos concluir que la novela *Cosme* plantea aspectos básicos para quienes se interesan en la historia social urbana de la Costa de penúltimo tránsito finisecular, al sugerir la existencia de unas relaciones entre las ocupaciones laborales, los estilos de vida y las transformaciones que estas vivieron en el contexto de tránsito a la sociedad capitalista en los centros urbanos costeños. Se trata de un aspecto de vital importancia para entender cómo ha sido el proceso de configuración de la sociedad moderna en la región costeña colombiana, dado que su estudio muestra una parte importante de la dinámica que asume lo popular como un campo de fuerzas que continuamente colisionan, originando procesos que ayudan a construirlo como un hecho social polisémico, con tensiones y conflictos en torno a los significados que se le da, como también de los sectores sociales calificados y autocalificados como tales, y de los esfuerzos realizados por algunas franjas de la población para salir del estado de indiferenciación social que ese concepto implica, o por no caer en ella.

Bibliografía

Información de archivos

Archivo Concejo Municipal de Barranquilla (Colombia). *Libro de 1846. Varios. Libro de 1847. Cuentas. Libro de 1844. Correspondencia.*
Archivo Histórico del Atlántico (Colombia). Fondo notarial. *Libro de 1914.*
Caminos. Revista quincenal de letras, N° 4. Barranquilla, 1922.

⁵⁰ Sobre esta conducta social en el Estado de Bolívar ver “Informe del Señor Procurador General del Estado”. *Diario de Bolívar*. Cartagena, agosto 22 y 23 de 1878.

⁵¹ Hugo Méndez Ramírez. “La reinterpretación paródica del código de honor en *Crónica de una muerte anunciada*”, en *Hispania*, vol. 73, N° 4. American Association of Teachers of Spanish and Portuguese, 1990, pp. 934-942. <http://links.jstor.org/sici?sici=0018-2133%28199012%2973%3A4%3C934%3ALRPDCD%3E2.0.CO%3B2-7>. (Consultado marzo 7 de 2006).

⁵² Pablo Rodríguez. *Sentimientos y vida familiar en el Nuevo Reino de Granada*. Bogotá, ed. Ariel, 1997, pp. 88-90.

Diario de Bolívar. Cartagena, 1878.
Diario del Comercio. Barranquilla, 1925, 1927.
Diario oficial. Bogotá, 1876.
El nuevo diario. Barranquilla, 1914.
El Porvenir. Cartagena, 1878, 1879, 1893, 1894, 1908, 1910, 1911, 1912.
La causa social. Cartagena, 1919.
La Democracia. Cartagena, 1851.
La Unión Comercial. Cartagena, 1915, 1916.
Penitente. Cartagena, 1909.
Polo Norte. Magangué, 1910.
Registro de Bolívar. Cartagena, 1893, 1897.
Rigoletto. Barranquilla, 1902.
Voces 1917-1920, vol. I. Barranquilla, Universidad del Norte, 2003, pp. 335-337, edición a cargo de Ramón Illán Bacca.

Novelas, poesías, prosa y memorias

Bobadilla, Emilio (Fray Candil) (1998). *A fuego lento*. Barranquilla, Eds. Gobernación del Atlántico.
 Coronel Gallazo, Juan (1947). *Un peregrino*. Cartagena, Oficina de Extensión Cultural del Departamento. (1ª ed.: 1894).
 Don Ramiro (1928). *Mis entrevistas*. Barranquilla.
 Fuenmayor, José Félix (1967). *La muerte en la calle*. Medellín, Eds. Papel Sobrante.
 _____ (1979). *Cosme*. Bogotá, Carlos Valencia.
 Goenaga, Miguel (1953). *Lecturas locales*. Barranquilla, Imp. Departamental.
 Lemaitre Daniel (1983). *Poesías y corralitos de piedras*. Bogotá, Corporación Financiera del Norte.
Libro azul de Colombia. New Cork, 1917.
 López, Luis Carlos (1977). *Obra poética*. Bogotá, Carlos Valencia.
 Palacio, Julio H. (1943). *Historia de mi vida*. Bogotá, Librería Camacho Roldán.
Recopilación de leyes del Estado Soberano de Bolívar 1857-1875 (1876). Cartagena, imp. A. Araujo.
 Revollo, Pedro María (1998). *Mis memorias*. Barranquilla, ed. Mejoras (1ª ed.: 1956).
 Román Trespacios, Alberto (1924). *Páginas prohibidas*. Cartagena.
 Sundheim Adolfo. *Fruta tropical* (1919). Madrid, imp. de J. Blass y cía.
 Vinyes, Ramón (1982). *Selección de textos*, vol. II. Bogotá, Colcultura, 1982. (Recopilación, selección y prólogo de Jacques Gilard).
Voces 1917-1920 (2003). Vol. I. Barranquilla, Universidad del Norte. (Edición a cargo de Ramón Illán Bacca).

Libros y artículos

Aguilera, Mario (1997). *La insurgencia urbana en Bogotá*. Bogotá, Colcultura.
 Alstrum, James (). “La poesía de Luis Carlos López y la tradición de la antiliteratura en las letras hispánicas”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, N° 7. Bogotá, Biblioteca Luis Ángel Arango, 1986.
 _____ (1986) *La sátira y la antipoesía de Luis Carlos López*. Bogotá, Banco de la República.
 Ardila, Alba Clemencia (2005). “Educación e ideología en Cosme de José Félix Fuenmayor”. *Colombia y el Caribe. XIII congreso de colombianistas*. Barranquilla, eds. Uninorte.
 Bacca, Ramón Illán (1993). “El modernismo en Barranquilla”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, N° 33. Bogotá, Biblioteca Luis Ángel Arango.
 _____ (1998). *Escribir en Barranquilla*. Barranquilla, Eds. Universidad del Norte.

- _____ (2003). “Voces en Barranquilla”, *Huellas*, N^{os} 69-70. Barranquilla, Universidad del Norte.
- Bell Lemus, Gustavo (1981). “Cosme o una introducción al siglo XX de Barranquilla”. *Huellas* N^o 2. Barranquilla, Universidad del Norte.
- Bermúdez, Eduardo (2003). “Voces y la mitomanía sobre el sabio catalán”. *Huellas*, N^{os} 69 y 70. Barranquilla, eds. Universidad del Norte.
- Boussel Patrice (1984). *Historia de la Farmacia*. Barcelona, Doyma.
- Brown Jonathan (1995). “La tradición cortés en la cultura colombiana del siglo XIX”, en *Revista colombiana de educación*, N^o 30. Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional, pp. 5-25.
- Büsches Christian (1997). “Las Leyes del honor. Honor y estratificación social en el Distrito de la Audiencia de Quito (Siglo XVIII)”, en *Revista de Indias*, vol. LVII, N^o 209. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 55-84.
- Caicedo, Edgar (1971). *Historia de las luchas sindicales en Colombia*. Bogotá, Eds. Ceis.
- Camacho Sánchez, Miguel (2003). *Karmairi crónica de Cartagena de indias*. Cartagena, Instituto Tecnológico Comfenalco.
- Colmenares, Germán (1990). “La ley y el orden social: fundamento profano y fundamento divino”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, N^o 22. Bogotá: Biblioteca Luis Ángel Arango, 1990.
- Chambers Sarah C. (1999) *From subjects to citizens. Honor, gender, and politics in Arequipa Peru 1780-1854*, Pennsylvania State University Press.
- Chaves María Eugenia (2001). *Honor y Libertad. Discursos y Recursos en la Estrategia de Libertad de una Mujer Esclava (Guayaquil a fines del período colonial)*, Gotemburgo, Departamento de Historia e Instituto Iberoamericano de la Universidad de Gotemburgo.
- Del Real, José Manuel (1992). *Rasgos históricos de Santa Marta. Santa Marta*. Academia de Historia del Magdalena.
- Díaz Quiñones Arcadio (1998). “Fernando Ortiz y Allan Kardec: transmigración y transculturación”, en Gabriel Restrepo, Jaime Eduardo Jaramillo y Luz Gabriela Arango (eds.). *Cultura, política y modernidad*. Bogotá, Universidad Nacional, pp. 172-195.
- Fiorillo, Heriberto (2002). *La Cueva. Crónica del Grupo Barranquilla*. Barranquilla, eds. Heriberto Fiorillo.
- Fuenmayor, Alfonso (2002). *Crónicas sobre el Grupo de Barranquilla*. Bogotá, Colcultura, 1978.
- _____ “Carta a Celia de Fuenmayor”. *Huellas*, N^{os} 63-66. Barranquilla, eds. Universidad del Norte.
- García Usta, Jorge (2000). Retratos de médicos. *Crónicas sobre médicos del Bolívar grande en el siglo XIX*. Cartagena, coed. Gobernación de Bolívar-Iiec.
- _____ (2000). *El pensamiento médico selección de textos médicos (1890-1940)*. Cartagena, coed. Gobernación de Bolívar-Iiec.
- Garrido, Margarita (1996). “La vida cotidiana y pública en las ciudades coloniales”, en Castro, Beatriz (ed.). *Historia de la vida cotidiana en Colombia*. Bogotá, Grupo Ed. Norma.
- _____ (1999). “Honor, reconocimiento, libertad y desacato: sociedad e individuo desde un pasado cercano”. Arango, Luz Gabriela, Restrepo, Gabriel y Jaramillo, Carlos Eduardo (eds.). *Cultura, política y modernidad*. Bogotá, Universidad Nacional.
- _____ (2003) “Migración de paradigmas. A propósito del mestizaje”. Maya, Adriana y Bonnett, Diana (comps.). *Balance y desafío de la historia de Colombia al inicio del siglo XXI*. Bogotá, Universidad de los Andes.
- Gilard, Jacques (1989). *Entre los Andes y el Caribe. La obra americana de Ramón Vinyes*. Medellín, Universidad de Antioquia.
- Ginzburg Carlo (1989). *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e Historia*. Barcelona, Gedisa.
- Giraldo, Luz Mary (2001). *Ciudades escritas. Literatura y ciudad en la narrativa colombiana*. Bogotá, Convenio Andrés Bello.

- Gómez Ocampo, Gilberto (2002). “Luís Tejada y José Félix Fuenmayor: la ruptura del sistema estatocinético en Colombia”. *Ciberletras*, N° 8. New Cork, Lehman Collage. <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/>.
- González Undurraga Carolina (2006). “Los usos del honor por esclavos y esclavas: del cuerpo injuriado al cuerpo liberado (Chile, 1750-1823)”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, N° 6. París, L’Ecole des Hautes Études Sciences Sociales, 2006, mis en ligne le 19 noviembre. <http://nuevomundo.revues.org/document2869.html>.
- Guerrieri, Kevin (2005). “Cosme, de José Félix Fuenmayor: novela de (mal) formación sexual”. *Colombia y el Caribe. XIII congreso de colombianistas*. Barranquilla, eds. Uninorte.
- Gutiérrez Sanín, Francisco (1995). *Curso y discurso del movimiento plebeyo en Colombia 1849-1854*. Bogotá, El Ancora Eds.
- Helg, Aline (2005). “Sociedad y raza en Cartagena a fines del siglo XVIII”. Meisel R., Adolfo y Calvo, Haroldo (eds.). *Cartagena de Indias en el siglo XVIII*. Cartagena, coed. Banco de la República-Universidad Jorge Tadeo Lozano.
- _____ (2004) *Liberty and equality in Caribbean Colombia 1770-1835*. Londres, coed. Chapel Hill-The University North Carolina Press.
- Hinke, Nina (2001). “Entre el arte y la ciencia: la farmacia en México a finales del siglo XIX”. *Relaciones*, 88. Michoacán, Colegio de Michoacán (revista digital). <http://www.colmich.edu.mx/relaciones>.
- Jaramillo Uribe, Jaime (1996). *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá, Planeta Eds., 1997.
- Jiménez Panesso David. *Fin de siglo. Decadencia y modernidad*. Bogotá, coed. Universidad Nacional-Colcultura.
- _____ (1992). *Historia de la crítica literaria en Colombia*. Bogotá, coed. Universidad Nacional-Colcultura.
- Johnson Lyman y Lipsett-Rivera Sonya (eds.) (1998). *The Faces of Honor. Sex, Shame and Violence in colonial Latin America*, Albuquerque, University of New Mexico Press.
- Lemaitre, Daniel (1983). *Poesías y corralitos de piedras*. Bogotá, Corporación Financiera del Norte.
- Lotero, Amparo (1991). “Voces: una renovación irreverente”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, N° 27. Bogotá, Biblioteca Luis Ángel Arango.
- Martínez, Armando (2005). “Reconvenciones simbólicas en la narrativa breve de José Félix Fuenmayor”. *La casa de Asterión* (2005). N° 20. Barranquilla, Universidad del Atlántico, 2005. www.lacasadeasterion.com.
- Núñez Madachi, Julio (1985). “Longevidad y muerte en la narrativa de José Félix Fuenmayor”. *Huellas*, N° 14. Barranquilla, Universidad del Norte.
- _____ (1990). “Dimensión espacial y temporal originaria en la vida de Julio Enrique Blanco”. *Huellas*, N° 28. Barranquilla, eds. Universidad del Norte, 1990.
- Olaciregui, Julio (1973). “José Félix Fuenmayor, siempre en el taburete del doctor”. *Magazín Dominical El Espectador*. Bogotá; julio 29 de 1973.
- Ortega, Manuel Guillermo (Guillermo Tedio) (2004). “La pedagogía del fracaso en Cosme”. *La casa de Asterión*, N° 17. www.lacasadeasterion.com. Barranquilla, Universidad del Atlántico.
- _____ (2005). “La visión carnavalesca en la novela Cosme, de José Félix Fuenmayor”. *Espéculo*, N° 30. Madrid, Universidad Complutense, junio-octubre. www.ucm.es/info/especulo/.
- Palacio, Julio H. (1943). *Historia de mi vida*. Bogotá, Librería Camacho Roldán.
- Parker David S. (1995). “Los pobres de la clase media: estilo de vida, consumo e identidad en una ciudad tradicional”, en Aldo Panchifi H. y Felipe Portocarrero S. (eds.). *Mundos interiores: Lima 1850-1950*. Lima, Universidad del Pacífico, pp. 161-185.
- Reyna P María del C. (1996). “Boticas y boticarios. Siglos XVI al XIX”, en *Dimensión antropológica* (revista en línea), N° 7. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

- <http://www.dimensionantropologica.inah.gob.mx/index.php?sIdArt=352&cVol=7&cTipo=1&cFlag=1&identi=50&infocad=&nAutor=REYNA%20PÉREZ,%20MARÍA%20DEL%20CARMEN>
- Rivero, Maryelis (2005). *Laboratorio Román: origen de la industria farmacéutica en Colombia 1835-1900*. Cartagena, Universidad Tecnológica de Bolívar.
- Sánchez, Mary (2003). “Tras las huellas de José Félix Fuenmayor”. *Hojas Universitarias*, N° 53. Bogotá, Universidad Central.
- Santos, Emiro (2006). “Cosme o el ocaso de los hombres: aproximación a la novela de José Félix Fuenmayor”. *La casa de Asterión*, N° 25. www.lacasadeasterion.com. Barranquilla, Universidad del Atlántico.
- Sewell, William Jr. (1992) Trabajo y revolución en Francia. *El lenguaje del movimiento obrero desde el antiguo régimen hasta 1848*. Madrid, Taurus Eds.
- Solano D., Sergio Paolo (1999). “Política e intelectuales en el Caribe colombiano durante la Regeneración (1886-1899)”, en *IV Seminario Internacional de Estudios del Caribe. Memorias*. Bogotá, Universidad del Atlántico, pp. 167-18.
- _____ (1996) “Trabajo y ocio en el Caribe colombiano 1880-1930”. *Historia y cultura*, N° 4. Cartagena, Universidad de Cartagena.
- Sowell, David (2006). *Artesanos y política*. Bogotá, eds. Pensamiento Crítico.
- Todorov Tzevetan (1995). *La vida en común. Ensayo de antropología general*. Madrid, Taurus.
- Valverde, Humberto (1972). “José Félix Fuenmayor, narrador insular”. *Eco*, N° 148. Bogotá, Librería Bucholz.
- Vidal, Antonino y González, Danny (2005). “El tiempo de Vinyes, la Barranquilla de las primeras décadas del siglo XX”. *Memorias* revista digital, N° 3. Barranquilla, Universidad del Norte. www.memorias@uninorte.edu.co;
- Volkening, Ernesto (1986). “El arte narrativo de José Félix Fuenmayor”. *Ensayos. I destellos criollos*. Bogotá, Colcultura.
- Williams, Raymond (1991). *Novela y poder en Colombia 1844-1987*. Bogotá, Tercer Mundo eds.